

Proyecto Territorio / Biblioteca Digital

El Camino de las nutrias

Gastón Gori



ES



«El suponía que era rico porque tenía cien o doscientas gallinas, algunas vacas y caballos. Esto, en Italia, era propio de una persona destacada económicamente y él se basó en eso. Indudablemente, el abuelo no sabía cómo se acaparaba la tierra, cómo se compraban grandes extensiones de tierra. Se conformó con las vacas y gallinas. Era un rasgo lindo, me gusta», confesó alguna vez **Gastón Gori (1915-2004)**. Y en ese relato familiar y sensible que une al inmigrante humilde con la tierra y el trabajo se cifra el corazón de su tarea como historiador y narrador.

Gori nació y se crió en Esperanza, pueblo que fue en su origen la primera colonia agrícola organizada del país. Fue uno de los fundadores de la Juventud Demócrata Progresista del lugar y antes de cumplir los 20 años viajó al campo de un tío suyo en las cercanías de Villa Ana, en el nordeste santafesino. Allí tomó contacto con los quebrachales y vio de cerca la despiadada explotación a la que eran sometidos los hacheros y las familias contratadas por la compañía La Forestal. Investigó durante más de un cuarto de siglo antes de dar a luz su primera obra sobre el tema, pero fue insoslayable: «Fue el digno Gastón Gori quien con su libro *La Forestal* dejó todo al desnudo», sentenció Osvaldo Bayer sobre aquel libro de 1965.

Gori, cuyo nombre verdadero era Pedro Raúl Marangoni, se estableció en Santa Fe. Trabajó como abogado y más tarde se dedicó de lleno a la escritura. Colaboró con los diarios importantes de la región como *El litoral* y *La Capital*, y también con la revista *El Hogar*. Su obra publicada es enorme: «Hay 47 primeras ediciones, incluyendo algún folleto, y hay 40 reediciones de libros. Ochenta y siete veces me publicaron libros, y tengo 87 años», declaró poco antes de morir.

Entre sus libros de poesía se cuentan *Mientras llega la aurora*, *Se rinden los nardos*, *Palabras de refutación gozosa* y *Poemas en la tormenta*; entre los de ensayo *Sobre la tierra ensangrentada*, *Vagos y mal entretenidos*, *La pampa sin gaucho*, *El pan nuestro*, *Inmigración y colonización en Argentina*, *Esperanza madre de colonias*, *La narrativa en la región del litoral*, *La tierra ajena*, y entre los de narrativa *Vidas sin rumbo*, *El desierto tiene dueño*, *La muerte de Antonini*, *Nicanor* y *las aguas furiosas*, *Pase señor fantasma*.

GASTON GORI

El Camino de las Nutrias



LIBRERÍA Y EDITORIAL COLMEGNA
SANTA FE - BUENOS AIRES

La presente edición electrónica de *El camino de las nutrias* se basa en la primera edición del libro, publicado en Santa Fe por Librería y editorial Colmegna en 1949. La ilustración de la tapa fue realizada por Agustín Zapata Gollán.

A los fines de optimizar la fluidez de lectura, se decidió modernizar la acentuación ya en desuso de ciertos monosílabos y normalizarla allí donde aparece de forma irregular. Mientras que la puntuación, incluso en los casos más caprichosos y arbitrarios, se respetó siguiendo el original. Por último, se corrigieron las erratas evidentes.

Proyecto Territorio / Biblioteca Digital

El Camino de las nutrias

Gastón Gori

EL CAMINO DE LAS NUTRIAS

I

El escenario donde en época dramática de sequía los campesinos y gran parte de población urbana se volcaron hacia el inmenso estero a la caza de nutrias, está ubicado a sesenta leguas al norte de Santa Fe y a pocas del Paraná donde arroyos y zanjones forman islas fragorosas cubiertas de pajonales y arboledas, refugio de víboras y animales salvajes que fueron casi exterminados para apacentar en ellas vacunos y yeguarizos. Las tierras al oeste del río se poblaron con inmigrantes en 1870 y se conocen desde entonces con el nombre de Alejandra cuyos arroyos numerosos, Saladillo, El Toba, etc. y río San Javier, desbordan durante las crecientes y bañan gran parte de islas y tierras de pastoreo. Veintidós leguas cuadradas formaban la colonia y porciones labrantías fueron ocupadas por colonos que, llevando hasta esas regiones inhóspitas el cultivo de trigo y maíz, debieron conquistar con denodado esfuerzo y duros sacrificios, paraje a paraje, lo que fuera dominio del indio y región natural de una fauna estupenda cuyos representantes más característicos los constituían carpinchos, yacarés, nutrias, lobos de río, jaguares y víboras que cuando crecían las aguas formaban trenzas horribles sobre las lomas donde buscaban refugio.

Pero no toda la tierra pudo ser cultivada. Trece leguas estaban bajo agua formando un anegadizo de totoras y pajonales; vivero donde cantidad impresionante de bichos silvestres ocultaban sus guaridas de modo tal que aquello era un «hervedero» de animales, principalmente nutrias, desde donde se diseminaban hacia toda la región cuando los bañados formaban el ambiente natural que necesitan para vivir. A ese estero salvaje, por la abundancia de carpinchos le llaman «Los Chanchos».

Todos los pobladores conocen hoy palmo a palmo tierras de labranza y tierras anegadizas. El río Paraná, arroyos y zanjones, son caminos que no ignoran con sus accidentes en la jurisdicción, sus arboledas orillándolos, el régimen de sus crecientes que determinan por signos infalibles: arrastre prematuro de camalotes, el croar de batracios —que a la distancia se oye como inmensos borbo-

llones de sonidos que aglutinan la atracción de la noche—, y por las corrientes mismas de las aguas.

Como en casi todas las regiones donde se establecieron colonias, los criollos tuvieron ocupación en las faenas del pastoreo; pero no todos los hijos de ese suelo, que desde antiguo llamó la atención por su feracidad, emplearon su energía en el cultivo del ganado; muchos vivieron y viven en ranchos a orillas de la población o junto a los arroyos, dedicados a la caza y a la pesca y transcurren sus vidas en medio de escasos recursos y duras condiciones que sobrellevan con serenidad o se acomodan a ellas como si fuera la única forma posible de vivir que conocieran y la única a la que se adaptan dando así completo desarrollo a personalidades fuertes, sufridas, reservadas en sus afectos. Como hombres, se precian de serlo totalmente, pero sin alarde, seguros de su valentía, de su destreza, de su dominio sobre lo geográfico. Esto se trasunta en la formación de caracteres típicos que, en el fondo, mantienen siempre cierta vigilancia sobre todo lo que es extraño al medio.

De trecho en trecho suele levantarse a orilla del agua el rancho de un hombre soltero o con familia que espera meses propicios para salir de caza y que mientras tanto se ocupa en tareas campesinas o simplemente vive sin preocupaciones, de lo que ha mercado o lo que puede mercar extraído de río o islas, para gastar su dinero en vestido y diversiones que siempre transcurren en ambiente donde el alcohol suele levantar encono, porfía, provocación, hasta culminar en pelea a mano armada. Su apronte, su decisión, constituyen ejercicios diarios que les exigen tanto los menesteres ganaderos como sus andanzas por parajes inhóspitos detrás de animales silvestres, pronta la fija, la trampa, el cuchillo o el rifle. El hombre que anda en esos trabajos es el que no tiene tierra para labrar ni ganado propio, es el que vende la fuerza de sus brazos al colono o el que ocupa su destreza en la caza para la venta de cueros y pieles. Algo de taimados les descubre el ojo sagaz; le bastan pocas palabras para responder. Uno de ellos intervendría en «Los Chanchos» como protagonista funesto: Ciriaco Ayala...

Hombres de esa naturaleza e indios descendientes directos mocovíes o guaraníes, con hijos de colonos inmigrantes, acriollados, medio «bárbaros», fueron los actores del drama nutriero de la región que exaltó a Alejandra y puso en peligro una fuente natural de riqueza que abastecía con prodigalidad a la zona y fue por último, el recurso fabuloso de hombres que se enriquecieron con ella cerrando esteros a la entrada de los campesinos y al consecuente «robo» de nutrias.

Las trece leguas de tierras anegadizas, no siempre estaban cubiertas de agua, pero gran parte de ellas formaban esteros grandiosos imposibles de agotarse naturalmente. Cuando los campos labrantíos comenzaron a faltar en los contornos, se construyeron desagües que desembocan en el San Javier, El Toba, el Saladillo o sus ramales menores. De esa forma fueron disecadas vastas extensiones de terreno que por no ser todas aptas para cultivo de cereales, se

utilizaron para pastoreo. Pero en Alejandra quedó formado un inmenso estero de aguas profundas cuya superficie abarca doce mil hectáreas abastecidas por el Espín afluente de El Toba y por lluvias que concentran en él su tributo llegado desde largas distancias por declives del terreno. Es desde época remota un extraordinario aguadero y un inmenso bajo contra el cual no pudo practicarse fácilmente la técnica de los canales de arteificio. Totoraes imponentes peinan los vientos en toda su superficie, espadañas y achiras apenas si sobresalen del varillar estupendo de juncos y donde quiera que el hombre dirija la mirada, solo ve el verdor de la vegetación dominando sobre el agua o la tierra; no se alcanza a divisar un claro, una isla, en medio del totoral impresionante. Semeja infinita llanura móvil sustentada por agua su flora apretujada y raras veces algún águila o carancho sobrevuela su palio celeste o anubarrado como si la desolación salvaje de «Los Chanchos» los ahuyentara. Pero en sus orillas y en lagunas perdidas hacia el centro, infinidad de patos cucharean al atardecer o cruzan el cielo en busca de remotos sitios que sin dejar de ser del mismo estero, están por los confines donde se llega a caballo, rodeándolo en viaje de horas y horas. Uno que otro árbol escualido se levanta en las orillas como tímido intento del bosque lejano para extender hasta allí sus dominios pero que, desolada la tierra, concluye por dejarle el imperio a pajonales y agua.

La llanura que lo bordea, amplísima y cubierta de pastizales fuertes, tiene la desolación precursora del trágico avance de «Los Chanchos»; apenas si, para interrumpir la igualdad de su superficie proliferan tacurúes elevados, ocres, donde el fuego del verano calcina aún más la tierra arcillosa. No puede un hombre abarcar con su vista sino un mínimo sector del estero, pequeñísima parte que no conforma idea de su estupenda realidad. Si desde las ramas de un árbol se lo observara, la igualdad de su feraz vegetación no permitiría diferenciar un sitio de otro, tan tupido y extenso, que solo totoral y cielo se conjugan en el horizonte. Pero se sabe que en su interior no todo está cubierto por agua. Han formado los vegetales lo que la gente del lugar llama «tapiales», especie de islas originadas por la retención, entre las varillas, de camalotes que arrastrara la corriente y luego por agregación sucesiva de otras plantas y tierra amalgamadas que crecieron hasta elevar el fondo. Al sobresalir de la superficie, el agua permitió la germinación de flora no exclusivamente acuática pero resistente al medio, y que, unida a los detritus amasaron suelo firme, poroso, capaz de soportar no sólo el peso de hombres, sino de los animales que los atortujaran. Tapiales y albardones abundan en el estero y entre uno y otro por el espacio libre, se forman corrientes de agua donde, en sus mayores limpiezas, viven nutrias, carpinchos y peces. Años atrás pululaban yacarés, sin que faltaran tigres. Era el paraje donde la presencia de las bestias amenazaba la vida del hombre y del ganado. Imposible es introducirse con canoa y riesgoso es penetrar a caballo.

Ese estero de sugestión extraordinaria, fue siempre el abastecedor de nu-

trias de todos los bañados de la zona. Cuando intensas sequías los desagotaban y morían en tierra las nutrias que no pudieron emigrar, convertidos en pajonales amarillos, era esperanza de nueva prosperidad porque a pesar de las bajantes máximas, conservaba zonas de agua permanente que sin recibir la afluencia de arroyos y desagües mantenía la fauna acuática regional.

El estero está comprendido en la propiedad particular de don Carlos Ruppert, dueño de estancia con varias leguas de tierra laborable y de pastoreo que circundan el totoral y hacia el cual convergen los planos inclinados del terreno, llano, de poco bosque y solamente algo escarpado cerca del arroyo donde una lomada de mucha longitud forma barrancales altos.

Don Carlos recibió por herencia el campo. En el siglo anterior lo obtuvo su ascendiente, el abuelo Ruppert que colonizó en el norte con hombres europeos, cerca de San Javier, y no obstante su prematura muerte, consiguió redondear fortuna incomparablemente superior a la de sus colonos establecidos en pequeños campos que les otorgaba dentro de las nueve leguas cedidas por el gobierno para poblar. Y tiene algún interés en nuestro relato aquella empresa sin ventura. El viejo Ruppert, ineficaz administrador de colonia, dejó librada a la iniciativa individual el conseguir tierras gratuitas o en merced ante el gobierno, y ningún estímulo alentó a los colonos que, trabajando poco y mal, frustraron su progreso a tal punto que no se logró formar ni un poblado que se destacara.

Aquella inercia, aquel dejar en libertad a los colonos, sin vigilancia para encauzar a los inexpertos y sin alta visión del propio destino, iba a reproducirse luego con cierta similitud en don Carlos, que nunca hizo explotar el estero como fuente de recursos. Pobló de ganado su campo y en época floreciente, siete mil cabezas de vacunos y cinco mil lanares pastaban en él. Hombre acriollado, vestía siempre de bombacha y botas, pañuelo al cuello como cualquier hombre del lugar. Curtido el rostro por la ardencia del sol y montado a caballo, era criollo con apostura de gaucho aunque predominaran maneras de ciudadano. Voz pausada y rotunda, nariz recta y gruesa, mirada vigilante; generoso hasta la prodigalidad. Su estancia era sitio al que no llegaba en balde quien necesitara algo.

—Preciso, don Carlos, —le decía un desconocido— caballo para llegar a Helvecia.

Y se iba montado el hombre sin que jamás se volviera a saber de él y sin que nunca nadie se preocupara por el animal. Corazón abierto, derrochador «sin abuela»; querido por Alejandra y abusado por cuanto pícaro se le acercaba y no por ingenuidad, ni por falta de carácter, sino por cierta nobleza afectuosa desaparecida ya en propietarios de su tipo. Cuatreriaban en su hacienda, pero los comisarios nunca descubrían rastros y el tiempo borraba la memoria de los abigeatos. Empleaba la estancia exclusivamente para ganado y así como el estero extendía, hasta donde abarcara el horizonte el verdor de su totoral, las vacas y ovejas bajando a las aguadas eran como grandes manchones móviles,

colorados y blancos. En torno al estero, las tierras de pasturaje los alimentaban con yuyos fuertes o con pastos tiernos y el bebedero principal, eran las orillas de aquel hervidero de nutrias.

Una parte prefería la hacienda y a ella arreaban los cuidadores por ser de agua más limpia, donde desemboca el arroyo formando mansa corriente libre al acceso de los animales. Era el único sitio del estero donde se prohibía la entrada a los cazadores de nutrias; también por otro motivo se evitaba el acercamiento de hombres extraños a la estancia. Cuando se hizo cargo de ella don Carlos, en toda la zona de arroyos y zanjones se perseguía de tal modo los carpinchos que comenzaron a ralearse.

—Ya desaparece el carpinchaje —solía decir—, estos bárbaros los acabarán con tanto matar. En años anteriores por cualquier estero o arroyo podían sorprenderse manadas; había tantos que aquello era «una desgracia de carpinchaje». Ahora desaparece a simple vista.

En la parte de «Los Chanchos» más libre de malezales y con agua honda, el estanciero los protegía con el respeto de los peones. Esta fue quizá la sola preocupación de don Carlos vinculada con la fauna de su estero, y no por explotarla y lucrar, sino por gusto de que hubiera en su campo un refugio para carpinchos perseguidos con saña y a destajo por carpincheros y nutrieros y con codicia por los demás cazadores. Otra prohibición no se impuso en cuanto al estero y así, los buscadores de pieles hallaban en él no solo el sustento, sino que algunos, como se decía:

—Hasta compraron sus vaquitas con aquellas nutrias.

Imposible determinar la cantidad que procreaban entre el totoral interminable, como infinito era el número de rastros que en toda la extensión anegada y cubierta de vegetales, iban de una a otra guarida. Echadas al sol sobre los albardones o nadando, su abundancia era tan crecida que pocas horas de trabajo bastaban para que los nutrieros cazaran centenares y tuvieran luego que cuerear y estaquear pieles hasta aburrirse. Podían entrar con libertad por la tranquera del sur y les estaba permitido colocar trampas a su arbitrio. Pero no muchos se dedicaban a esta labor en tiempos normales. Pocos criollos e indios, preferían la caza de nutrias a los trabajos comunes, y mercaban las pieles en Alejandra a los acopiadores. La labor de «calar» trampas no exigía búsqueda afanosa del camino de las nutrias. Camino de las nutrias llaman al rastro que pasando entre totorales, dejan trazado al navegar y que por recorrerlo con frecuencia, despejan al agua de vegetación. Por ese trazado de agua limpia nadan desde sus guaridas hasta sus comederos y los cazadores colocan casi a flor la trampa armada debajo y sujetada con cadena fina a las ramas de las totoras. La nutria se entrapa al nadar por su rastro porque acciona con las patas delanteras el disparador. Los nutrieros practican este sistema para obtener sana la piel. Matan con golpes en la cabeza y vuelven a «calar» la trampa en el mismo sitio.

Los cazadores en el estero Ruppert no eran numerosos pero sí hombres conocidos por sus ocupaciones y costumbres, de Alejandra todos. Raras veces llegaba algún cazador de otra zona; Ciriaco Ayala, por ejemplo, famoso por sus cuadreriadas impunes y por su poder en cañadones y parajes orillando el San Javier donde ejercía dominio de facto sobre la caza. Ciriaco Ayala prescindía del estero Ruppert según voz corriente, porque otras veces se había acercado con exceso al ganado... Por sobre todos los nutrieros de profesión su figura ejercía notable influencia. Sin necesidad de averiguarlo, se presentía su acción en los compradores de pieles, su palabra determinaba precios y su desagrado se respetaba con cierto temor. De sus lugares preferidos llegaba al pueblo de Alejandra, silencioso, de rostro aindiado, duro el gesto; entraba al hotel «El Biguá» donde se amontonaban bajo una veranda pilas con fardos de pieles; observaba a los circundantes y los cazadores, callados, parecían esperar que él vendiera antes de mercar sus propios productos. Sospechado de entendimiento con los corredores comerciales, nunca sin embargo, el precio que pidiera era discutido, aunque no estuviese a la altura de lo exigible. Su fuerza y su audacia extendían su ascendiente entre los hombres rudos que lo respetaban; por eso hasta el estero de Ruppert llegaba indirectamente su dominio y lo mantuvo mientras la población soportó sus visitas inquietantes. Don Carlos no se enfrentó nunca con él porque todo el negocio de los nutrieros estaba absolutamente fuera de su interés, y el comisario, jamás aparecía por «El Biguá» cuando Ciriaco andaba por Alejandra...

Las tierras fértiles producían bien a los chacareros y dedicaban su tiempo a labores agrícolas; a ellos pertenecía la mayor parte de la población descendiente de inmigrantes. Raras veces cazaban, como si el ser nutriero rebajara la condición de colono. Este era en parte el pensamiento de Ruppert: las nutrias, para indios y para cruzados con ellos. ¡Que vivan —decía— allí tienen el estero que es una mina de nutrias!

Todos los conocidos nutrieros eran de cara morena y cabello duro. Se los veía pasar a caballo con sus cargas de trampas y una fija al costado, que es como transformación de lanza india en herramienta de ribereño...

II

Un año de intensa sequía. En las tierras sembradas el trigo doblaba sus canutos resecos sin madurar; todas las plantas de cultivo morían cubiertas de polvillo ardiente y el calor levantaba, visto hacia el horizonte el pajonal, como vibraciones del aire. Calor de fuego soportaba la zona norte, en un panorama desolado, amarillo parduzco. Pequeñas nubes blancas se formaban y disipaban en el cielo, inmensa bóveda de horno. Comenzaban a secarse los esteros y los arroyos se cortaban de trecho en trecho formando breves embalsados de agua entibeci-

da. A los días calenturientos sucedían noches de baja temperatura pero el sol apenas aparecido, comenzaba de nuevo «a picar». La sequía terminaba con los últimos yuyales que sobre los campos sedientos se convertían en paja desmenuzada, y de cuando en cuando, las reses muertas, endurecidas sus patas, convertían en mayor desolación los efectos de la catástrofe campesina. Los colonos llevaban a los sobrevivientes hasta bañados más profundos y se internaban en ellos pisando tierra reseca hasta llegar a la olla del centro donde, entre barro y paja, sucumbían bichos de toda especie. Yacarés, vuelta la panza hacia arriba, agonizaban de sed, y los hombres ya no necesitaban luego ir en busca de nueva aguada porque en todas direcciones de los campos donde las hubiera, hileras interminables de yacarés sedientos iban venteando el agua rumbo al estero Ruppert. De noche, nutrias, zorros y algún carpincho atravesaban también largas distancias marchando hacia el mismo aguadero. En la estancia, el ganado no sufría tanto, pues penetrando media legua en el totoral fangoso, el agua aún tenía profundidad y el estero, amarillando en amplias zonas de sus orillas, abrevaba todavía a los animales. Era el único sitio con agua a pesar del año de terrible sequía. Pero un cuadro dantesco formaban las pilas de yacarés que, en la desembocadura del arroyo y en sus riberas, unos sobre otros yacían en somnolencia. Andaban también por el estero a la caza de animales destruyendo cuantos hallaban o sorprendiendo a las ovejas. En caravanas convergían desde todos los puntos de la región azotada. Muchos morían antes de llegar y se pudrían como troncos diseminados en los campos. Los colonos vigilaban las casas para evitar que se introdujeran en los corrales y los mataban a garrotazos hasta agotar sus fuerzas.

La sequía continuaba requemando el suelo y la pobreza de las familias comenzaba a alarmar. Hombres sin ocupación productiva se sumaron a los cazadores de nutrias que ahora, reducido por la seca «Los Chanchos», vivían en el interior de las hectáreas anegadas. Por cualquier sitio de él que se anduviera, centenares salían al paso y la colonia comenzó a volcarse en el estero. Don Carlos permitía a los de Alejandra que entraran a condición de no espantar el ganado. Campesinos de todas las chacras se juntaban en los alrededores para salir juntos a nutriar y formaban dentro del agua círculos de hombres con palos para matar a garrotazos. No necesitaban seguir el camino de las nutrias; cuando las ahuyentaban con perros desde un sitio en carreras ruidosas, huían hacia otros donde las esperaban para apalearlas. Se levantaron algunas ranchadas en el estero y los que no vivían cerca, radicaban allí para cuerear y estaquear. Mujeres y niños trabajaban también en las pieles, mientras los campos fueron abandonados a la sequía, sin esperanzas.

—Todo Alejandra vive del estero —decía Ruppert—, pero es demasiada gente en mi campo...

Se alimentaban de nutrias y bebían el agua turbia del arroyo, que, estancada,

iba bajando visiblemente. Entre el juncal inmenso, de mañana y de tarde, gritos de los cazadores se oían y en los círculos que formaban, las nutrias huían desorientadas bajo agua o sorprendidas se refugiaban entre el yuyal de los tapiales secos.

La gente parecía haber renunciado a la labranza para siempre en el empeño colectivo de buscar sustento en las nutrias mientras la sequía resquebrajaba las tierras a fuego de sol. En la desolación del panorama, el estero se mantenía como si fuera el único sitio con vida rebullente. De continuo llegaban al hotel hombres y bestias cargados con pieles y en sus galerías apenas ya si quedaba lugar donde seguir amontonando. Alejandra sostenía de ese modo su comercio y los campesinos salvábanse del desastre en el agro. Si el estero era famoso por su extensión y profundidad ahora se había convertido en mina obsesionante a la que se iba con la desesperación de la pobreza y con la angustia de la sequía. Diariamente se calculaba la bajante del agua, mientras en su contorno, a centenares de metros hacia adentro, el totoral se quebraba soltando polvillo. La sequía avanzaba y en los tapiales ubicados profundamente, el sol ardoroso hacía amarillar juncos y camalotes en grandes manchones que se extendían hasta la orilla del fango. Muchos tapiales estaban ya reseco en las zonas sin agua, y por donde antes se formaran corrientes, barrancas de más de un metro se desmoronaban endurecidas.

La gente se internaba más y más hacia lo hondo en el apresuramiento de ganar a la sequía la muerte de las nutrias. Por todos los costados salían colonos vestidos casi de harapos, ennegrecidos por la intemperie, desmejorados por el agobio de las faenas y cuando algunos pasaban entre hileras de yacarés, parecían formar parte de una misma ruina hombres caminando y bestias muertas. Así los vio Ruppert una tarde de recorrida con peones en arreo de hacienda y los miraba con tolerancia sin que la fortuna que en pieles salía de su campo, moviera su ambición. Pero tantos hombres en el estero obstaculizaban las aguadas para el ganado, numeroso, porque a pesar de las ventas apresuradas y de las muertes, aún formaban un plantel de casi mil cabezas que comían lo poco que verdeaba en la parte norte donde el pasto nacía en los bajos fangosos. Pero la sequía avanzaba en el estero reduciendo el espacio y el movimiento de hombres intranquilizaba al vacuno; por eso, reunió don Carlos a la gente y ante un grupo de más de setenta cazadores, descalzos la mayoría, con sombreros deteriorados de todo tipo y color, dijo:

—Esto no puede seguir así, van a tener que organizarse y no salir de una línea que pase por allá, por el medio del estero y tomar hacia el sur para cazar. La hacienda se me está desmejorando mucho más porque anda como perseguida. Desde hoy cazan por donde les digo o van a tener que desalojar.

Se adelantó un hombre conocido, un colono de muchos años vividos en Alejandra que por las penurias sufridas en el totoral y los desgarramientos de la

ropa, parecía símbolo de bancarrota

—Bueno, don Carlos, así se hará. Usted sabe que la gente está agradecida. Ahora nomás nos vamos para el sur. Pero vea que también está entrando gente que no es de Alejandra...

—¡Eso ya sería el colmo —dijo Ruppert—, ustedes los de Alejandra pueden cazar, pero vigílenme la entrada de los extraños y si es necesario recurriremos a la policía! ¡Que nadie me tire un solo tiro en todo el campo, porque cuando sepa que se matan carpinchos desalojo sin miramiento y se me retirarán sin vuelta!

Marcharon los hombres por el rumbo fijado orillando el varillar; algunos se introducían desapareciendo en el mar amarillo de bravíos espadañares y totoras que se resquebrajaban con estrépito. Y cuando el estanciero hubo recorrido unos mil metros, un gigantesco zumbido de alas se levantó por el sur. Bandadas enormes de patos «oscurecían» el cielo, remolineaban a baja altura y eran luego como absorbidas por el titoral verde del interior donde se asentaban.

Bajo la galería sombreada por la arboleda de la estancia, esperaba a Ruppert un comerciante de otro distrito que muy pocas relaciones tenía con él. Después de los saludos y de una breve conversación sobre la sequía, el hombre comenzó a hablar despacio de lo que le interesaba.

—Vengo a proponerle un negocio...

Lo miraba Ruppert en silencio como adivinando qué asunto lo traía.

—Es por el estero. Si usted quiere me lo alquila y yo me encargo de explotarlo con gente baquiána...

La hacienda había mermado y el dinero en manos de Ruppert era como si tuviese alas: así que sin interesarse mucho pero sin desentenderse por completo, pensó sin responder.

—Mire, yo quería firmar contrato por seis meses a quinientos pesos por mes.

—¡Caramba! No arriesga su plata. Quinientos pesos los recupera en pocos días. ¡Si el estero es interminable! Pero está la gente de Alejandra que no puede echarse porque sí nomás... ¡De qué va a vivir! Le alquilo el estero, y usted me los deja entrar. Esa es una condición que habría que respetar muy mucho.

Dudo el comerciante y quedó mirando un buen rato hacia el campo donde un viejo yacaré iba tambaleándose con las fauces abiertas. Después de pensar y repensar, ambos en silencio, se levantó y dijo:

—Voy a contestarle mañana.

—¡Qué va a contestar mañana! Si esto no es cuestión de pensarlo. Quiere ahora o no quiere. ¡Si acaso yo ando en ofertas! ¡Vaya nomás, amigo, no se gaste los sesos que yo mismo le digo que no, que no se alquila el estero!

Se despidió el hombre sin más remedio porque Ruppert, puesto de pie, le tendía la mano.

Allá, a casi dos leguas continuaba la trágica matanza de nutrias y en toda la extensión de los campos limpios, el abandono desolador era tan profundo que

hasta el cielo, de un azul intenso, parecía retroceder huyendo a la sed.

Lo que presiente el hombre de aquellos campos tan particularmente característicos se cumple, porque su intuición sustenta conocimientos cabales que, sin embargo, no sabría explicar. Y así, la población de nutrieros improvisados vivía a la expectativa de un drama que debía desencadenarse porque la fiebre de caza se extendía hacia todas las colonias y desde los límites, se presentía el avance desenfrenado de hombres dispuestos a arrasar con todo. Un clima de exterminio se ahondaba a la par del desamparo que la sequía iba creando en cada rancho, en cada casa. Y los hombres, poseídos de angustia, se internaban en el estero como si fueran a una batalla cruenta y final de la que debían salir para afrontar sangrienta lucha con otro peligro que se cernía en los contornos y se barruntaba como tormenta silenciosa amenazando con oculto fragor. Se mataban nutrias con inquietante saña, con apresuramiento. Los hombres, desorganizados ya, perseguían animales más allá de los límites permitidos, en la furia del apremio. En las comarcas circunvecinas el hambre hacía estragos en el ganado y hasta en la hacienda de la estancia comenzaban a morir animales diariamente.

La mayoría de los colonos y gente del pueblo solían retirarse al anochecer por el camino del sur de a tres o cuatro y a veces formaban caravanas. Pero un día a la hora en que acostumbraban retirarse, a carrera de caballos venía hacia la estancia un grupo avanzado del resto que acampó a media legua de la casa. Parecían guerrilleros de tribu bárbara galopando al ataque y se detuvieron en el patio, donde acudieron los peones y el capataz.

—Queremos hablar con el patrón, y rápido que no hay tiempo que perder —dijo uno de los hombres, permaneciendo todos montados.

Al ruido de la gente salió Ruppert.

—¡Qué pasa, qué alboroto es este!

—Don Carlos —respondió el mismo colono— por el lado de San Martín entró gente armada al estero y debe ser Ciriaco el que los capitanea. Son unos treinta y traen fusiles. Van a invadir el totoral cazando a balazos o vienen con mala intención... Nosotros los vamos a resistir si usted nos autoriza.

—¡No sean bárbaros! Lo único que faltaba aquí era que se mataran como perros por las nutrias. Nadie se va a mover de donde esté mientras yo mande en mi campo. Para algo soy el dueño y yo solo me basto y si no, allí estará la policía para cumplir.

—Usted no va poder solo, don Carlos, lo van a matar, es Ciriaco y la indiada que viene con hambre y sin trabajo.

—A mí nadie me indica lo que debo hacer. Ahora mismo ustedes se retiran y desalojan el campo sin meterse con los otros y no pisan mañana el estero, ni aparecen por aquí hasta nueva orden mía. Vayan nomás con toda su gente que yo voy a arreglar de modo que se acaben los abusos.

—Bueno, si usted lo dice nos vamos, pero cuente con nosotros para lo que precise.

Se retiraron en orden y como ya iba cayendo la noche los de la estancia dejaron para el otro día el viaje al estero por no aventurarse en las sombras, no por miedo, sino por evitar confusión que desatará la tragedia. Muchos de Alejandra no abandonaron el campo esperando la luz del día por si era indispensable el uso de la fuerza. En la aparente quietud de la noche los nervios en tensión impidieron dormir a la peonada y el único que esperó tranquilo fue Ruppert, seguro de su ascendiente, con la serenidad de no haber privado nunca a nadie de sus favores y confiado en su propio temple de hombre capaz y recto.

Cuando aclaró, don Carlos ya estaba a caballo. No quiso que lo acompañara otro más que su capataz y en mangas de camisa, desarmados, comenzaron a galopar hacia el estero. Pero antes destacó un peón con una carta para el comisario en la que le instaba el envío con urgencia de fuerza policial para desalojar el campo, e impedir la entrada de nutrieros previniéndole del peligro creado por la gente excitada.

Iban llegando al bajo sur del totoral y observaron cómo un grupo numeroso de hombres se movía hacia el sitio donde unos árboles levantaban sus copas escuálidas por sobre el pajonal. A más de cien metros veían que en su mayor parte llevaban fusiles y aguardaban la llegada de los hombres, pues por el ala izquierda gente de Alejandra avanzaba atropada guardando distancia.

—Es peligroso acercarse, don Carlos.

—Yo no temo a nadie, capataz.

—Ni yo conozco el miedo, pero no sabemos la intención...

—¡Yo sé a qué vengo y ellos están en mi campo!

Cerca ya del grupo distinguieron a Ciriaco con las manos apoyadas en el fusil y en ala tendida detrás aguardaban los otros. Avanzó Ciriaco y cuando conoció a Ruppert dejó el arma en tierra y caminó a su encuentro.

—Buen día, —gritó— caramba, créibamos que era policía...

—¡Y qué tienen Uds. con la policía para querer defenderse! O esto es de ustedes para hacer lo que les guste.

—No, don Carlos, pero es que andamos acorbados de ir huyendo de un sitio a otro y de que nos echen de todos lados.

—¡Y a quién pidieron permiso para meterse en el estero! Ya no se respeta ni a los dueños ni se pregunta si se puede. Aquí no se entra con armas, en primer término y en segundo se entra cuando yo autorizo.

—Así dicen todos, y andan los hombres sin trabajo, sin plata, y vivir habrá que vivir... de alguna manera...

—¡Y qué es lo que piensan hacer!

—Y, cazar, otra cosa no.

—Le pregunto si vienen para hacer ranchada o para cazar y volverse.

—Para hacer ranchada, si permite...

—No, aquí se acabó la cacería de nutrias, por hoy dejo que entren al estero y sin fusiles y se vuelven luego a sus pagos, teniendo por seguro de que si no salen, los haré sacar por la fuerza.

Sostuvo Ciriaco sin moverse la mirada de Ruppert y a través de sus ojos ni una leve emoción se vislumbraba, impassible el rostro, con tranquilidad absoluta, dijo:

—Habrá que verse, y recuerde que echa a gente necesitada.

Viraron de regreso sus caballos Ruppert y el capataz. Cuando se alejaban, los de Alejandra tomaron el camino para salir por la tranquera. Toda la mañana Ruppert esperó en la estancia al comisario pero inútilmente. La policía no se inmutó. Transcurrió tranquila la tarde. En el estero se introdujo el contingente de cazadores de otros distritos y se reforzaron los peones para cuidar la hacienda. Algunas nubes que se formaron en el norte, reanimaron esperanzas de que concluyera la sequía, mas, recrudesciendo el ardor del sol, volvía el cielo a su azul profundo de verano.

El ambiente de Alejandra cada vez más tenso presagiaba algún desastre en una como desorientación funesta. Al anochecer, se oyeron disparos de armas rumbo al total e intermitentes descargas atronaban el horizonte. La inquietud en la estancia era grave. En nuevo recado al comisario se pedía con urgencia fuerza de San Javier para la mañana siguiente. El peón volvió con la respuesta:

—¡Dígale a Ruppert si cree que estamos locos!

En los boliches del pueblo se comentaba con exaltación la clausura del estero. Algunos opinaban que el mismo Ruppert estaría proyectando la explotación por su cuenta debido a la mortandad en su ganado. Defendíalo la mayor parte, pero la inactividad a que estarían condenados si se les privaba de caza, los desorientaba y enardecía. Otros eran partidarios de enfrentar por su cuenta a los invasores. En la estancia, sobrecargada de presagios, se esperaba el día con incertidumbre. Cuando aun no se había levantado el alba, los peones y el capataz estaban en movimiento preparando caballos.

Clara luz, pantalla blanquecina hacia el levante, se alzaba por sobre los arboles allá junto a las riberas del San Javier y cuando la visibilidad fue suficiente, mirando al estero, se vio cómo tres columnas gigantes de humo se elevaban a casi dos leguas de los límites sur, amplias en sus troncos y anubarradas.

—¡Arde el estero! ¡Arde el estero! —gritaron los peones con nerviosidad.

—¡Arde el estero! ¡Arde el estero!

Por Alejandra corría la voz alarmante e inusitado andar de carros y caballos cobraba rápida vida despertando al pueblo. En vuelo desacostumbrado pasaban graznando las águilas como si desde el aire fueran agitando el alerta y la desolación.

—¡Arde el estero, arde el estero!

Por las calles polvorosas, por los campos infértiles, acasotados, y en el viento mismo de la mañana parecía expandirse el desasosiego y el estupor. No se veían desde tan lejos las llamas pero la catástrofe se cernía evidente en aquellas columnas oscuras, que a falta de nubes hacían más dramática la impresión de exterminio. Con prudente expectación iba la gente hacia el lugar del siniestro y a cada paso se ahondaba en ella la voz trágica:

—¡Arde el estero!

En la estancia todos los recursos se movilizaron para salvar la hacienda que sin estar por ahora en peligro, podía ser alcanzada cuando se generalizara el incendio. Se la llevó al oeste buscando cruzar los vados que la extraordinaria bajante del San Javier presentaba, para internarla en las islas.

Cuando ya el sol húbose levantado, una sola cortina compacta de humo se movía hacia el norte y el total interminable, verde en vasta zona que no abarcaba sino una escasa parte la simple vista, silencioso, calmo, impresionaba como si fuera un monstruoso ser vivo al que se le vendría el incendio para devorarlo. Íbase el fuego extendiendo vertiginoso y de cuando en cuando largas llamaradas chisporroteaban en el horizonte. Acompañado por varios hombres Ruppert partió a caballo. El incendio progresaba en una suerte de enloquecimiento furioso. El estrépito del total en llamas —tormenta de fuego a ras de tierra— expelía chisporroteo dantesco y las llamas calcinaban con tanto vértigo que tras su avance veloz, la mancha carbonizada que iba dejando, se corría como un mar de petróleo desbordado. Llamas, estrépito y humo por doquier devorando al estero desde uno de sus costados, y levantándose encendidos mazos de espadañas, iban a caer a centenares de metros donde de repente un nuevo foco se abría en círculo dilatándose con furia.

La quemazón se ampliaba en todo el sector del sur, de flanco y de frente, hasta formarse una sola llamarada inmensa. Desde los campos linderos, ya se veía la hoguera y cuando los hombres calcularon que el explayado limpio de yuyos, donde antes de la sequía el bañado era de agua sin total, formaba ahora barrera rasurada, tuvieron la certidumbre de que el fuego quedaría circunscripto al estero, aunque se levantaran ventarrones.

A mediodía las llamas se introdujeron más aún, de modo que las tierras altas estaban en definitiva libres de amenaza. El cielo oscurecido por el humo encapotaba la zona como si se extendiera sobre ruinas. Con la misma violencia continuó varios días. El calor intenso se adelantaba a la quemazón y secaba el total verde y el suelo fangoso, abriendo vanguardia combustible y ahondando la tragedia desastrosa para las nutrias.

—¡Se acabaron, se acabaron para siempre las nutrias sin el estero de Ruppert!

En algunos cundía el desaliento, otros observaban las llamaradas con imprescindible sensación de conformidad ante una cosa acabada, pero en el conjunto de la colonia agobiada por malestares, la indignación se agitaba buscando culpables.

—Nadie de Alejandra ha hecho este daño —decían. La bárbara destrucción ahondaba en perfiles dramáticos la incruenta sequía que calcinara las tierras y aquella esperanza ferviente que el estero arraigara en la población para subsistir y aun para progresar, se convertía en matorrales restallantes y cenizas con decoración fabulosa de humareda.

Los colonos fueron a la estancia a ofrecer su apoyo a Ruppert para que se hiciera justicia y marcharon juntos al pueblo donde el comisario parecía vivir en un mundo de flores y lluvias. Lo hallaron en «El Biguá» bebiendo tranquilamente. No habían aún descendido todos de sus caballos cuando Ruppert se le acercó:

—Comisario, usted pudo evitar este desastre, yo le previne en dos ocasiones que era necesaria la policía en el estero.

—Usted me daba órdenes, y aquí el que da órdenes soy yo, si no viene de arriba...

—Yo no ordenaba nada, pedía protección a mi propiedad y usted debió darla, para eso es autoridad ¡o para qué está usted en el pueblo!

—¡Y, cómo quiere que defienda yo su campo con tres agentes mal armados!

Un murmullo de voces se agitó entre los colonos y adelantándose uno respondió con energía:

—Gente no le iba a faltar, estábamos todos para ayudarlo porque eran hombres de afuera los que entraron armados y gente que usted conoce, porque andaba con ellos Ciriaco Ayala.

—Usted prende a Ciriaco bajo mi responsabilidad, —dijo Ruppert— o dejará de ser comisario.

La amenaza se cumplió después que llegara una nota de la jefatura.

No amainaba la furia del incendio y se consideraba irremisible la mortandad de toda la fauna y extirpadas para siempre las nutrias. Como ciertos males colectivos que concluyen por insensibilizar al hombre cuando se prolongan demasiado, el desastre inevitable de tanta pérdida empezó a ser juzgado con ese renunciamiento a las soluciones propio de los que no esperan más nada. Los campesinos de la colonia que habían soslayado la miseria con la venta de pieles, se entregaron a la fatalidad de la devastación a medida que se creaba una nueva manera de apreciar el presente de la zona, sin cultivos, sin ganado considerable y sin otro recurso que esperar ahincadamente la clemencia del cielo desatándose en tormenta de agua. Todo parecía haber vuelto a su cauce de inercia como si nunca hubiese existido otra realidad que los campos resecaos y como si la agitada cacería de nutrias hubiera sido un sueño o una fiebre momentánea, colectiva y desesperada.

Para Alejandra era el estero escombros ardiendo de una mina fantástica. Pero tan enorme es la superficie que abarca, que honduras desconocidas defendían aún la cortina compacta del totoral y lagunas interiores, despejadas, a las que no se internaron ni nutrieros profesionales, oponían su resistencia de agua

al avance del fuego y después de quince días, cuando en todos los contornos carbonizados podían observarse restos de animales alcanzados por las llamas, el corazón amplísimo del estero se defendía con la fuerza de su fecundidad. Por donde se arrastrara devorando el fuego quedaron descubiertos tapiales ígneos entre zanjones barrocos en cuyas barrancas, por las bocas de las cuevas, aparecían de cuando en cuando, nutrias moribundas. Cuando solo débiles columnas de humo afloraban de los tapiales perdidos en la espesura verdinegra, bandadas de patos hambrientos volaban en los confines. Por eso, los nutrieros, en asomos de esperanza, confiaron en el retornar de su prosperidad.

Nuevo comisario sustituyó al anterior y solía andar por los contornos como quien visita un campo reciente de batalla...

Volvió la hacienda de Ruppert y los trabajos de la estancia reanudaron su ritmo de agobio por ir descendiendo la cima de la bancarrota con ganado empobrecido. Catorce meses de sequía concluyeron con la primera lluvia, mas la ruina económica de don Carlos no pudo ser ya reconstruida con préstamos oficiales. Y en ese período comienzan a evidenciarse las concomitancias con aquel viejo Ruppert cuya colonia se estancó por falta de administración. Subdividió los campos, para entregarlos a campesinos medieros, dejándolos en libertad para criar hacienda fuera de contrato, y los colonos aprovechando la coyuntura legal, araban escasa tierra prefiriendo la cría de vacunos en pastoreo que venía a resultarles gratuito. De error en error, se sucedían los embargos en la estancia hasta que un cinturón de créditos ahogara al propietario. Y el estero, el destino de cuya fauna quedó librado a la naturaleza, multiplicaba otra vez sus prodigiosos recursos y procreaciones de nutrias en proporción geométrica, se sucedieron cuando las aguas de varias leguas a la redonda convergieron en su hondonada. La vegetación, en revancha por el desastre del incendio, conquistó todos sus dominios en renovada fecundidad del suelo anegadizo y corrientes circulares cargadas de camalotes que encallaban en los tapiales fueron pronto el medio natural donde los bichos de piel codiciada hallaron su alimento. Caminos de nutrias en infinitos senderos diversificados incitaban de nuevo a «calar» trampas que nunca Ruppert, ni ahora en su declinación de estanciero, hizo colocar. Cañadas y arroyos vecinos, a los pocos años, tuvieron nutrias emigradas de «Los Chanchos» jerarquizado en su fama de inagotable.

Negocios bancarios y escribanos pusieron fin al dominio de Ruppert cuando Ciriaco Ayala se pudría en el cementerio de Romang baleado a pistola, de frente, por un turco.

Los nuevos propietarios de la estancia son capitalistas rígidos y ya puede asolar otra sequía la región con la seguridad de que ningún colono podrá impunemente cazar allí una sola nutria...

CALIXTO BRILLARD, SE ACABÓ TU CHATA...

I

Calixto Brillard estaba en la ribera del río Salado, en el paraje llamado Mihura. Trabajaba unos tientos. Era viejo, de más de sesenta años; barba blanca y espesa; cubríale el cabello sombrero descolorido bajo cuyas alas sobresalía grisáceo con natural desenvoltura.

En el río flotaba antigua chata en desuso, sujeta a un árbol de la orilla, y hacia el sur, un puente de troncos a pique y barandas de madera dura, no alcanzaba a elevarse sobre las copas de algarrobos que, más atrás, se extendían tupidos hacia ambos lados como si el cauce del río hubiese penetrado abriendo herida en el monte en busca del Paraná arrastrando sus aguas turbias que, de legua en legua, rebasaban en bañados cubiertos de totoras y camalotes.

Era en el mes de enero de 1868; solo la choza de Calixto Brillard había en el paraje, paso obligado entre Santa Fe y la colonia Esperanza.

Donde el monte dejaba claros extensos, el duro pastizal nacía fuerte y compacto de modo que apenas se distinguían las huellas que, prolongadas desde el puente, iban rumbo a la colonia por campo virgen, y hacia Santa Fe, entre bosques y praderas.

Por el lado de la colonia aparecieron carruajes. Eran tres carros atados cada uno con cuatro caballos y venían con carga de trigo. Los colonos estaban sentados en la última estiba de bolsas y daban gritos acuciando a las bestias y restallaban golpes de látigos. Calixto dejó sus tientos para observarlos. Se acercaban al puente y los caballos cinchaban repechando la subida hasta que los carros con ruidoso traqueteo hicieron cimbrar los troncos del puente retumbando sobre el agua. De cada carro partieron fuertes voces saludando a Calixto y gritándole:

—¡Adiós, viejo, se cabó tu chata!

Pasaron a la orilla opuesta con mayor rapidez para alcanzar el camino y alejarse entre nubes de tierra hacia Santa Fe.

Calixto quedó mirando el puente que arruinaba completamente su negocio y comenzó a recordar su vida desde 1848, cuando aún vivía en Buenos Aires.

II

La escuadra francesa había bloqueado el puerto y para él resultó poco menos que imposible permanecer en la ciudad. Tras el Restaurador, el pueblo porteño sentía herido su orgullo local y apenas si callaban su amor patriótico los que desprestigiaban la política del dictador. En barrios de negros, mestizos y mulatos, la pasión «federal» se encendía en vivas voces y en implacables repudios.

—¡Mon Dieu, mon Dieu! Estos me matan —decía Calixto, aludiendo a la gente exaltada de su vecindad, y se refugiaba en su habitación con paso rápido, mascando la boquilla de su pipa que por bajar en cerrada curva parecía incendiarle las barbas.

¡Pero qué iban a matarlo! Lo que le hacían eran burlas crueles, pero nada más que burlas, puesto que lo sabían asustado e inofensivo.

—Franchute amarrete, carpintero vichador, te vamos a tirar al río para que tragues agua de esta patria que no es de unitarios inmundos ni de franceses traidores...

Calixto Brillard, el ya sin sosiego, no podía exponer ni una sola razón que le valiera amistades rosistas ni simpatía pueblera.

Desde que desembarcara como inmigrante, ocho años de paz llevaba golpeando en su banco de carpintero. Nunca aspiró a levantar cabeza por sobre la medianía ni a mezclarse en luchas locales. Era hombre de labor y si analizara sus sentimientos, podía decir: amo a este suelo como al terruño donde nació; aquí trabaja Calixto, y aquí entre argentinos morirá enseñando el oficio a cuanto negro quiera aprenderlo... Pero quebrada había sido su paz. Las renovadas voces de guerra levantaban el tono contra extranjeros, de tal suerte que en un trágico anochecer oyó también junto a su puerta una turba envalentonada, que fuese o no por él, concluía así su canto terrible:

«Suene la hora de justa venganza
que provocan piratas ingleses,
que humillar ese orgullo sabremos
a la par que a los crueles franceses...».

Como serlo, sí era Calixto cuidadoso de su vida y más aun por no hallar en ella motivo alguno de malquerencia para con los porteños, salvo su origen, si es que en su origen hubiese culpa. El temor de sufrir represalias siendo tan inocente, hizo que modificara sus costumbres, permaneciendo encerrado las horas en que

no trabajaba o prolongando labores en su taller; e hizo más: comenzó a pensar en su condición de extranjero, en su apartamiento voluntario de la vida local.

Él tenía su ocupación, no ganaba mucho, pero gastaba poco en comida, vino, ropa y tabaco. Por las calles se agitaba con frecuencia la muchedumbre, pero nunca mezcló a los sucesos, cualesquiera que fuesen, más que su curiosidad, y se recogía luego en su casa a leer algún periódico, a fumar su pipa y muy de tarde en tarde, se reunía con parroquianos, de preferencia franceses que recordaban su país sin disimular mucho su desdén por gauchos, negros y la generalidad de revoltosos sin doctrina. Tampoco Calixto había penetrado bien la esencia de nuestras pasiones populares ni considerado con equidad la ruda vida en la campaña argentina, de manera que cuanto ocurría en el orden político o en las costumbres locales, no lo suponía más que expresiones bárbaras de una sociedad llena de fermentos contradictorios, una sociedad sin esperanzas, minada con mal de América. Este error confundió su conciencia y siendo extranjero, se mantuvo alejado de contiendas, diatribas, rencores, apóstrofes, etc. Pero reencendido en torno el fuego localista, imposible le fue vivir en paz, mientras surcaban el Plata naves con pabellón francés.

—¡Franchute traidor! Carpintero espía, andate al río con gringos de tu laya...

Bien era verdad que no merecía este odio, pero no estaban los tiempos para esclarecer esas verdades, y el hombre temblaba cada vez que frente a su puerta pasaba al galope una partida de soldados, o cuando oscurecida ya la ciudad, algún ensoberbecido daba golpes contra los postigos de su ventana. Por tales causas una madrugada del año 1848 cuando aún la niebla cubría las aguas del río y fluctuaba con lentitud movida hacia el mar, embarcado en goleta de no mucha envergadura, entre fardos de mercancías, se alejó de Buenos Aires, para remontar el Paraná esperando hallar en ciudad de provincia, la seguridad que creyó perdida allí donde el odio y el terror ensombrecían la vida de los porteños. En el buque conversó con marinos italianos y también con un bravo bretón lleno de palabras y carcajadas. Por el río iban en confraternidad espontánea los que nacidos en lejanas tierras, se solazaban observando las magníficas riberas del agua indígena. Plateaba el sol las crestas de las olas y en las curvas menos amplias del río, los árboles de ambas márgenes, tupidos, altos y hermosamente verdes, por crecer numerosos en las orillas, parecían cerrar el paso del barco hasta que, llegado al final de la curva volvía a verse el río, más ancho, más lento y brillante.

Brillard, aunque ignoraba de qué manera ganaría su vida en el futuro, se sentía más tranquilo y confiado como si la pampa prevista en el cercano verdear de los campos y alguna hacienda pastando con mansedumbre le dieran la impresión de mayor firmeza, o lo acercaran más al agrado de vivir en un país donde, a pesar de sus revueltas políticas y de su brava gente guerrera, podía esperarse que la riqueza y la paz florecieran y extendieran la bondad de su be-

neficio. Con esta impresión llegó a Santa Fe, y no le pareció mal que anduvieran por sus calles, soleadas y silenciosas, alguna india desgredada; carretas con hombres ataviados como los que mercaban en la Recoba o los que pecoreaban en la campaña; y también, en medio de calles y paseos, entre baldíos invadidos por altos yuyales, por vereda enladrillada junto a descascarada fábrica, vio con agrado algún señor de hierático porte, pausado y nostálgico, quizá camino al Cabildo o a solemne entrevista que en la humilde ciudad de losas, naranjos y sueños, tendría valor documental.

Sí que era tranquila Santa Fe, aunque hirviera en su gente fermento de celo por el destino de la cosa pública. Pero no andaba en plano de asuntos gubernamentales Calixto Brillard. Necesitaba la gente sillas, mesas, puertas y ventanas, y oficio de carpintero era el suyo. Hizo el conocimiento de la pequeña aldea y caminó por todos sus barrios fumando su pipa. Penetró en pulperías y fondas, y como eran sencillas las personas y no mal visto el forastero, se orientó en su trabajo y lo obtuvo sin gran sacrificio. Aspiró a ser hombre afincado y la pequeñez de la población —somnolienta cuando en horas de la tarde ardiente el sol relumbraba con violencia en casonas enjalbegadas— lo alentó, pues fácil era acercarse a todas las familias.

Lo que aún tenía de extranjero en su corazón fuese adormeciendo al favor de horas pacíficas en la ciudad apenas conturbada por noticias de conspiraciones, amenazas de guerra, que cruzadas por el Paraná se difundían con temerosas insinuaciones. Como si convaleciera de su temor a represalias gustábase ahora salir a observar por el sur los manchones verdes de las islas recortadas en el horizonte en fondo celeste del cielo, límpido, puro, tanto que elevándose hacia él las campanadas sonoras de la iglesia San Francisco, no se podría discurrir con exactitud si a tal cielo se debía la claridad de los sonos o si el bendecido rincón donde tenía su templo el Señor, disfrutaba beneficio de luz celestial... Menos sosegado era el barrio en horas del atardecer. Andaban paseantes por sus calles, como no se tratara de personas que iban a templos por cumplir votos, a orar llevadas por fe inquebrantable a santos y santas de su predilecta oficiosidad. Por la mañana llamábanle la atención muchachos panaderos similares a los bonaerenses, montados en mulas o caballos, distribuyendo el pan contenido en dos grandes costales de cuero. Montados a mujeriegas iban dando altas voces que repercutían en zaguanes y patios movilizándolo al servicio.

Brillard era atraído cada vez más por lo pintoresco y penetraba en lo íntimo de la vida más profunda de la aldea y para su mayor confianza en el país, obtuvo trabajo en taller de armadores famosos por la construcción de goletas. Era buen carpintero Calixto e iba haciéndose también mejor hombre para esta tierra de llanuras enormes, de ríos dilatados, de grandeza en potencia, donde no deslucían ensueños turbas desgredadas de pobres vergonzantes, indios mercaderes al trueque, gente enganchada en regimientos originalísimos para ojos

Europeos. El que temió en Buenos Aires por su vida, aunque trabajara a la par de negros artesanos, en Santa Fe descubría una forma de solidaridad que no sospechara antes.

Se hizo más conocido cuando más inclinado se fue sintiendo a compartir su vida con compañeros de labor en el rústico astillero junto al río. Quizá se casara si no contara cuarenta y nueve años de vida, que parecían muchos para él. De cuando en cuando algún suceso político local animaba el ambiente de Santa Fe o el paso de milicias agrupaba curiosos y despertaba comentarios. Lejos ahora de mantenerse indiferente observaba y conversaba aventurando a veces alguna opinión dicha con la misma lentitud con que el humo de su pipa se ensanchaba y desaparecía...

A principio de 1856 pocos creían en Santa Fe que llegaron colonos a labrar la llanura. La ciudad vivía envuelta en sopor de costumbres casi coloniales. El breve caserío estaba como arrinconado en la margen del Paraná y se bastaban las familias con escasos productos de la tierra cultivados no más allá de extramuros; y cuando alguien miraba hacia el norte despoblado, sus ojos no distinguían más que Algarrobos, espinillos, talas y ombúes; y más lejos aún, leyendas de misterios y peligros se tejían con puntas de flechas salvajes en el cañamazo selvoso del Chaco. Pocos creían en colonos europeos, como si resultase imposible imaginarlos allí donde los matorrales guarecían alimañas y donde aún la gramilla no conquistara toda la pampa en expansión precivilizadora. Pero Calixto Brillard sí creyó y el recuerdo de las campañas francesas refrescaba de alegría su rostro. Más solemne sería para él el suceso cuando llegaron los colonos porque en su espíritu se ahondaba profundamente la esperanza de convivir con ellos, y unirse al ritmo de vida creadora. Y bien eficaz resultaría porque para él no guardaba novedades la tierra santafesina donde se consideraba hombre del mismo pueblo.

—Yo —decía en rueda de amigos— nací en una aldea. Cerca de ella los campesinos sembraban trigo y también he visto viñedos numerosos. Trabajar la tierra es noble y a este país le falta eso. Van a venir muchos, yo lo creo. Serán pobres, eso digo, porque los ricos no aran. Trabajarán bien y es buena toda esta tierra...

Cuestión casi personal hizo del asunto y mientras la aldea continuaba viviendo y comentando los menudos hechos del día Calixto se posesionaba «del gran pensamiento de colonización». Hablaba de agricultores y sus recuerdos de juventud promovían curiosidad y simpatía. Los domingos o feriados, caminaba por la plaza mayor y se unía a grupos de conocidos entre los que nunca faltaban aficionados a riñas de gallos y a carreras de caballos.

—Calixto, si no esperas a los colonos —le decían con sorna— vamos al reñidero que doy ventaja a favor del batarás de Nicasio...

—Puedo ir al reñidero y puedo esperar algún día a los colonos... —respondía algo amoscado.

—¡Y piensa todavía que alguien ha de meterse en el Chaco a sembrar!

Por la plaza Mayor caminaban personas desocupadas, sin alterar el antiguo movimiento común en la ciudad donde había comenzado, no obstante, a adquirir certidumbre la noticia: inmigrantes de Francia o Suiza llegaron a puerto de Buenos Aires rumbo al norte. Y fue para Calixto como día de gloria cuando una mañana del mes de marzo se corrió por todo el caserío la nueva de que un barco venía con numeroso pasaje de hombres, mujeres y niños. Extraña expectativa dominaba a la gente y cuando arribó a puerto en su cubierta se agrupaban seres de raros trajes, de sombreros nunca vistos, todos en actitudes de calmosa incertidumbre como si al mirar por vez primera el caserío en los alrededores del puerto no acertaran a penetrar en el clima ni en la extensión del panorama. El río mismo parecía más convulsionado; el indígena Paraná por cuyas aguas remontara ese primer desprendimiento de otro aluvión humano que como aquel ya antiguo español, se extendería sobre todo el territorio. Brillard estaba entre los primeros que observaban las maniobras de desembarco y cuando comenzaron a descender los inmigrantes, se mezcló entre ellos saludando en francés, sonriendo y parlotando. Unióse a grupos de colonos reverdecido de recuerdos. Para él cada hombre traía en sus vestidos, en su rostro, en sus maneras, un retazo del suelo nativo; y siendo así, no es extraño que haya hecho preguntas excesivas para aquellos hombres dominados por el desconcierto. Anduvo por las calles y los acompañó mezclado entre el público encendido en comentarios y alusiones. El gobernador encabezaba y dirigía a los agricultores en su primer contacto con el país. Alumbraba para Santa Fe una nueva luz...

Los gringos se establecieron en la colonia Esperanza. Brillard los visitaba cada mes para ofrecer sus servicios de carpintero. Era poco lo que podía hacer, pues los colonos vivían en medio de urgentes necesidades y casi desamparados. Se fabricaban enseres indispensables con rudimentarias herramientas. En vez de afirmarse en la tierra como esperaran, durante el primer año la colonia sufría un desbarajuste alarmante. Miseria y sufrimiento era lo corriente y como corolario, malentendidos y grescas desorganizaban lo poco que se había hecho. Calixto se solidarizó con todos los dolores de los gringos de tal manera que él mismo parecía en Santa Fe, un reciente inmigrante en plena lucha. Algo quería hacer por ayudarlos pero sus palabras de nada valían en la calle o en el astillero.

Durante la creciente del Salado —río que corre entre Santa Fe y la colonia—, un agricultor se atrevió a cruzar el paso de Mihura. La corriente lo arrastró apenas su carruaje se introdujo unos metros. Caballos y vehículo se perdieron en el desastre. Ese paso fue desde entonces nueva espina clavada en el pensamiento de Brillard. ¡El paso de Mihura! Otro obstáculo para los inmigrantes, sumado al agobio de la desesperanza que se generalizaba.

—¡El Mihura! —decía Calixto—. ¿Quién hace algo por construir puente? ¿No vale la pena construir ni un miserable puente?

—Por qué no lo haces tú —le decían con sonrisas en el astillero.

Comenzó a viajar con más frecuencia y cada vez que cruzaba el río le parecía más grave el obstáculo. Después del primer accidente, otros peligraron en las aguas pues crecían con irregularidad y nunca podía precisarse cuando el riesgo era menor. Calixto se sintió llamado a cumplir con una tarea de bien público. ¡Para eso era hombre del pueblo santafesino! En julio de 1857, el gobernador recibió una nota inesperada donde le decía: «...ante la rectitud de vuestra excelencia me presento y como mejor proceda expongo: que habiendo tenido en vista la grande dificultad e inconveniente que les presenta el río Salado a los agricultores colonos en sus continuas negociaciones desde aquella banda a esta, perdiendo y destruyendo tanto sus carruajecitos como sus caballos en el frecuente tránsito de dicho río, me he determinado a hacer construir una embarcación plana llamada chata de 10 cuartos de ancho y algo más de 6 varas de largo con el objeto de allanarles las referidas dificultades que hoy tienen los expresados colonos, colocándola previa la disposición de V. E. en el citado río Salado, a inmediaciones del paso del Mihura; en la que pasará carruajes y caballos dentro de ella siendo muy moderado el precio. No pido otra prerrogativa para esta empresa que aquel dominio que me es necesario mantener en el punto de pasaje como administrador de ella, etc. — Calixto Brillard».

A pocos días del Acordado que firmó el gobernador, el astillero perdió a uno de sus oficiales y Calixto fue dueño de un servicio de utilidad pública. Puso en su labor tan extraordinario empeño como exiguo era el fruto que obtenía. Viviendo en punto tan desolado, fue popular en la colonia y en Santa Fe. Y eso le bastaba y llenaba de orgullo.

—Yo sirvo a la colonia. Allí donde usted la ve, mi chata me ha costado mi ahorro y mi sudor. ¡Soy un hombre de este país, qué diablos!

Durante los primeros años bastó para cruzar el Salado tan rudimentario transporte, pero la colonia intensificó su tráfico. Cuando muchos campesinos tuvieron carruaje el gobernador Oroño hizo construir un puente en el mismo sitio donde la chata vencía las crecidas aguas del río. Y la marea del progreso arrasó con «la pequeña empresa» de Brillard...

No obstante persistió el hombre en su empeño y casi once años vivió en su choza resguardada por los árboles de la ribera transportando, de vez en cuando, a algún carrero complaciente.

Pero el puente concluyó por arruinarlo. Por él, día a día pasaban rumbo a Santa Fe, cargas de cereales o colonos de a caballo, mientras Calixto iba como aminorándose en la perspectiva de su pobreza. Por eso cuando a fin de 1868 toda la cosecha de Esperanza fue transportada pasando por el puente, decidió abandonar su chata y entregarse a la incertidumbre de una nueva manera de vivir. Estaba resuelto.

En los pilares del puente se arremolinaba el agua y le adhería camalotes. La

creciente venía ensanchando el cauce del Salado y Calixto, previendo el desborde, se apresuró a concluir el trenzado de tientos para arrastrar la chata y asegurarla en tierra. Era su último trabajo, su último trámite en la liquidación de su industria. Abandonaba el río vencido por el puente. A seis leguas de allí, la colonia se enriquecía con pujanza de juventud.

Aseguró su chata, reunió algunos enseres y ropas dentro de un cajón y caminó hasta la carretera para esperar quien lo llevara a la región del trigo...

Calixto vivió sus últimos años cuidando animales en casa de un campesino. Se distraía visitando a los colonos para recordar con ellos los días en que era dueño del Mihura y vencía la corriente turbia del Salado.

JULES GERARD

La colonia de los Sunchales, cuya ruidosa disolución se produjo en marzo de 1872, entraña desde su origen una historia desgraciada. El terreno era ya conocido con el nombre de «Los Unchales». En él existió una población de indios dirigida por los jesuitas, que fue abandonada desde principio del siglo XIX como así también el camino que por ese punto ponía a Santa Fe en comunicación directa con Córdoba. Al amparo de leyes provinciales, esas tierras fueron denunciadas en compra, en 1865, pero el gobernador Oroño tuvo la idea de colonizar aquel punto para restablecer el antiguo tráfico. Fueron trasladadas numerosas familias francesas, alemanas, belgas y hombres de distintos orígenes que sin ubicación en otros terrenos, llevaban el desagrado de una vida ruda y sin perspectiva. Nació la colonia donde reinara el desamparo y comenzó a desenvolverse bajo el signo de la adversidad.

El hombre más fuerte entre los que llegaron era Jules Gerard. No tenía aún cuarenta años. De estatura mediana, no correspondían a ella sus brazos, excesivamente largos. Su escaso cuello hacía más vigorosa su apostura. Los ojos hubieran sido hasta hermosos, si no contrastaran con las facciones toscas y lo curtido de su piel. Tenía mirada firme, rayana en la audacia. En todas sus maneras había algo de inquietante. Y a pesar de llamar poderosamente la atención donde quiera que se hallara, creaba recelos como si emanara de él algo que lo hacía sospechoso de implacable crueldad. En la rudeza de los campos vírgenes, caminando entre matorrales, no semejaba un hombre en busca de tierras para labrar. Un ser desasosegado, no obstante parecer invencible en lo que se propusiera. Vivía en un rancho con su padre y eran ambos toda la familia. Se alimentaban de aves silvestres pues Jules no economizó nunca su pólvora, aunque faltara para la defensa contra los indios o tuviera otros alimentos. Nadie le negaba pan cuando lo buscaba porque en aquellos años terribles, su fortaleza era respetada como si constituyera un bien común, a pesar de la prevención en contra que se le guardara.

En el mes de mayo, muchas familias se ocuparon en arar tierras. La administración de la colonia les había dado bueyes, carros, rastras, caballos y herra-

mientas accesorias y, como no alcanzaron a cubrir las necesidades de todos, los préstamos suplían a la escasez. Los individuos de más variadas costumbres ocupaban las tierras, por eso, algunos trastornos en las relaciones desfavorecían las labores. Pero nunca en ellos estaba mezclado Jules Gerard, de intimidación inaccesible e indiferente a las pequeñas rivalidades. Por motivos distintos, eran respetados también los Bressand, la más moderada de las familias y una de las que sinceramente creían en el progreso de los próximos cultivos. Conservadores de su moral, respetaban normas de costumbres con severa sobriedad. Andrés Bressand, la mujer, dos hijos de catorce y dieciséis años, una hija, Luisa, de diez y ocho, una rústica de cara fresca y largos cabellos recogidos en trenzas, componían el grupo destacado por la unidad con que trabajaban su tierra. El rancho fue mejorado durante los días en que por falta de arados, no podían salir a laborar su concesión, y por ello también consiguieron levantar cercos de ramas espinosas para guardar los animales. Pese a todo el esfuerzo empleado, no pudieron sustraerse a la vida casi miserable que soportaba la colonia y constituían un hogar más, soterrado en aquellas soledades impresionantes. Habían oído comentarios sobre Jules Gerard porque este individuo, ineficaz en el arado y en las siembras, parecía ejercer un dominio permanente sin proponérselo, por la sola influencia de su carácter. En una agrupación humana bien organizada hubiera sido quizá rechazado, pero allí no se discernía en qué estribaba su influjo. Para los Bressand, aún sin conocerlo, su nombre era sinónimo de delincuencia incoercible. Jules Gerard: una fuerza capaz de arrojo en cualquier sentido...

Una mañana los colonos Bressand debieron permanecer en el rancho. No tenían semillas, como la mayor parte de la colonia donde el sol apareció aquel día para alumbrar extensos campos mal labrados y gente desorientada. Andrés clavaba unas maderas apoyadas sobre un tronco derrumbado y alzó la cabeza al oír el trote de cabalgadura. Un hombre mal vestido, cubierto con antiguo sombrero que sombreaba una cara de firmes rasgos apenas disimulados por la barba disminuida a tizeretazos, se acercó y saludó con voz serena, pero como si en el fondo reprimiera desconfianza.

—Buenos días, paisano...

—Buen día —respondió Andrés con sequedad.

Se hizo un silencio largo, el hombre miró la tierra de los alrededores mientras se oía sólo la respiración fatigada del caballo.

—¿Viene en busca de algo?

—No, pasaba nomás, antes de seguir para el centro.

Los muchachos y las mujeres salieron a curiosear al recién llegado, que no saludó. De inmediato su presencia creó reservada expectativa. El hombre tenía en los ojos expresión de seguro dominio de sus nervios. Luego dijo:

—¿Cómo van las cosas por aquí?

—No mejor que por otras partes. Hemos arado ese poco de tierra que usted ve, y nada más...

Luisa ahuyentó unas gallinas que se acercaban a la puerta y el desconocido la miró rodeándola de soledad. Los separó otro silencio.

—Voy a seguir.

—Hasta la vista —dijo Andrés.

—Hasta la vista.

Los colonos vieron cómo castigando el caballo se alejó a todo galope a campo traviesa. Las mujeres miraron a Andrés.

—Ese es Jules Gerard —dijo el hombre convencido. Y ese día pareció a la familia que algo trastornaría aún más a la colonia.

*

Los Bressand pasaron todo el mes de julio carpiendo yuyos, para defender de malezas la quinta, y volvieron a arar la tierra labrantía donde reverdecieron otra vez nutridos pastizales. Pero no todos los colonos los imitaron y en la extensión no se distinguía casi el oscuro color de la tierra arada que en vano esperó la siembra de trigo. La Administración amenazaba derrumbarse, impotente ya para lograr semillas, que nunca llegaban. Andrés defendía con tesón la existencia de todos los suyos. Vivían más relacionados con colonos pues la adversidad hizo unidos a tantos agricultores en bancarota. Y además cada semana venía al rancho Miguel Rehmann, hijo de Jakob, un muchacho de veintitrés años que hablaba poco y ayudaba a Luisa a barrer o a carpir. Pensaba tener su propia tierra si mejoraban los tiempos. Esto lo decía para agradar a Andrés y a la hija, pero como todos, presentía el derrumbe final de los trabajos.

Una tarde llegó Miguel Rehmann a las tierras de Bressand y le extrañó no ver a nadie en el patio. Arrimó su caballo y descendió. No se oían voces y algunos animales pastaban sueltos. Pero cuando húbose acercado a la habitación más amplia, salió el hijo menor de Andrés que sin saludarle le dijo:

—Está Jules Gerard...

Entró Miguel algo confuso y más que introducirse en la pieza pareció penetrar en el silencio pesado que la llenaba. Saludó a todos y Luisa se levantó para traerle un banco.

—Sííí... sí —dijo Andrés por decir algo, pues parecía que no habría manera de entrar en ninguna conversación. Jules Gerard se levantó tranquilo y sonrió levemente de tal modo que su sonrisa era insignificante contrastando con la intensidad de sus ojos y los movimientos seguros de sus brazos al retirar la silla, y tomar el fusil de caza.

—Bueno...

—Bueno, entonces...

Luisa derrumbó su banco al levantarse. La madre se obstinaba callando y Miguel daba vueltas a su sombrero. Andrés tornó a decir:

— Sííí... sí, así son las cosas...

Gerard saludó a todos levantando una mano, retuvo profundamente la mirada de Luisa que era como una mirada hacia la fatalidad.

—Adiós a todos.

—Adiós.

Salió caminando despacio; nadie habló hasta que se hubo alejado unos cincuenta metros y entraba ya a la tierra removida. La madre dijo:

—Ya es la cuarta vez que viene para nada.

Luisa salió hacia la cocina y la siguieron los hermanos. Miguel estaba aún turbado, como si la presencia de aquel hombre hubiese desorganizado sus nervios. Preguntó:

—¿Vino cuatro veces ya? Nunca me lo dijeron.

—De paso, nomás, —respondió Andrés con un movimiento de cabeza y alzando los hombros como para restarle importancia y tranquilizar al hijo de Jakob.

Pero el fuerte espíritu de Jules Gerard arrebató el pensamiento de todos.

—Es un colono, pero no me gusta —dijo la madre.

Disimulando su verdadero concepto añadió Andrés:

—Un tipo capaz de hacer fortuna... en otro lugar.

Y quizá en el fondo pudo creerlo así porque como hombre, viviendo en aquellos parajes, el temperamento de Jules era un caso sobresaliente.

Miguel se sintió incómodo, quiso decir algo en contra del individuo pero no halló una sola palabra para expresarlo y menos aún cuando Luisa, retornando, lo miró a los ojos con desconcierto. Afuera el viento agitaba los yuyos y las ramas de los árboles, que aún estaban por desarrollar su follaje. Las tierras parecían desoladas y en toda la amplitud de la colonia, no podría distinguirse un sólo sembrado. Miguel se obstinó:

—Jules Gerard, por algo viene...

Callaron los Bressand como si el abandono en que estaban forzados a vivir, arrastrara también sus fuerzas y no les quedaran deseos de erguirse con toda su voluntad para combatir el pensamiento de Miguel.

—Viene, y no se le habla; pero siempre vuelve cuando no estás aquí. No lo puedo echar —dijo Andrés con cierta dureza.

Se creó entre todos ellos un clima de inquietud y durante las horas siguientes, ocupados en pequeñas tareas, la imagen de Jules seguía dominándolos como si fuera el único hombre que, por sobre la general desventura de los colonos inactivos o hambrientos, viviera la libertad de su carácter.

Hasta el mes de diciembre la colonia vivió entregada a desesperados esfuerzos para subsistir. La miseria se generalizaba y disminuían los animales, pues aunque destinados a las labores, se los faenaba sin miramientos. Nadie pudo

sembrar, por falta de granos y procuraban defenderse con pequeños cultivos. Suspendieron las transacciones con la Administración y la mayoría se negó a rendir cuentas de ninguna especie reservándose las herramientas y ocultando las crías de la última parición. Una corriente de desagrado iba y venía de un campo a otro buscando el punto culminante para estallar y se presentía que alguien estimulaba el descontento, así como durante la borrasca en el mar, se sigue la inspiración del comando sin necesidad de verlo. Casi todos los días caminaban por los matorrales colonos en busca de aves con que alimentarse. La pobreza llegaba a extremos desesperantes.

En enero, corrió por toda la colonia la noticia de que habían llegado muchas fanegas de trigo seleccionado para sembrar. Pero nadie se entusiasmó. Fuera de época, los campos ya estaban endurecidos y cubiertos de pastizales: no quedaba una parcela limpia donde inútilmente se arara. De manera que cuando se repartió el trigo, las familias comenzaron a utilizarlo en sus alimentos. Se lo comieron por falta de otra cosa.

Los Bressand vivían todos los quebrantos de la colonia; no obstante, Miguel quería casarse con Luisa.

—No es tiempo aún —decía Andrés—, un colono no es un pájaro, por eso no le basta una planta para hacer su hogar. Nada tenemos todavía, ni esta tierra donde no se pudo levantar una miserable espiga.

Pero la madre sí apoyaba a Miguel, mientras Luisa, siempre silenciosa, desarraigada, los miraba como si escuchara una voz más profunda, una voz, nada más que una voz que se le iba luego como si buscara el viento para agitarse arrastrada por él.

No resolvieron nada los Bressand pues una tremenda sequía vino por entonces a tornar más desolado a los Sunchales. Cuando se veía un carro o carreta atravesando por romerillos, todos adivinaban que más gente unía sus protestas contra la Administración, porque culpable esta de descuido hacía irritante la adversidad. Amarillaban los pastos en la llanura y comenzaron a morir bueyes, que eran la fuerza donde se respaldaban los campesinos: pesada energía tras la cual el hombre empecinaba su fe. Y la desorientación agravose pues aquellos que creyeron ir a conquistar bienes, vivían cada hora un nuevo derrumbe. Se hablaba de levantamiento general. Un caballo solía recorrer al galope los ranchos y hasta los que nunca vieran apearse al jinete en el suyo, sabían que un hombre arrojado, cruzaba las tierras dueño de una voluntad que reconcentraba dominándole su contenido caudaloso de acción. Llevaba fusil en bandolera y cuando llegaba a casa de campesino lo retenía en su espalda desvalorizado al dar su pecho y su rostro al viento. No conversaba, oía escrutando los rostros como si le hablaran a su mirada. Luego decía:

—Hay que tener a mano los animales, los carros, las herramientas...

Y no añadía más, pero causaba honda sugestión trasluciendo algo de su alma

aborrascada. Luego no se pensaba sino en lo que había dicho, imaginándolo tal como lo vieran: desgreñada la barba y los ojos penetrando hasta el fondo mismo del espíritu para nuclearles la voluntad dispersa. Y el que nunca había sembrado un grano de cereal, dejaba ahora de rancho en rancho una semilla de rápida germinación: su carácter libre en marcha hacia nuevo destino. Pero no todos asimilaban la sugestión de su personalidad ya encaminada a la aventura irremisible. Muchas familias lo resistieron y comprendiendo bien qué quería decirles cuando les recomendaba: «Hay que tener a mano los animales...».

—Sí, —respondieron algunos— para quedarnos aquí a trabajar y levantar las deudas con honor.

Los Bressand fueron de esos y también Jakob Rehmann y su hijo Miguel. Pero Luisa ocultaba inusitada exaltación. Siempre silenciosa, era por dentro rama de duraznero reventando profusa en flor.

En marzo se produjo la ruidosa huida general. Alarmas de malones indígenas crearon un estado de pánico colectivo, culminando la serie de desastres. Y así, en carros y carretas salían de la colonia rumbo al este y atravesando los terrenos convergían en el camino real. Gentes desprovistas de carruajes improvisaron con trineos de troncos su vehículo y se estrujaban sobre ellos mujeres y niños. Hombres de a caballo arreaban tropillas y vacunos con marca de la Administración y otros ataban sobre la marcha de los carros, subidos a la baranda, arados, horquillas, y cuanto pudieran cargar.

La extensa caravana se movía con lentitud en la llanura y a medida que avanzaba, se veía a Jules Gerard, al galope de su cabalgadura, yendo de uno a otro vehículo extendiendo a veces su brazo para señalar con la fusta alguna familia detenida lejos de la huella.

—A Grutly vamos...

—¡A Grutly, a Grutly!...

Pasada la noche, el sol volvió a alumbrar la caravana en movimiento. Corrían por los campos jinetes arreando animales para unirlos al ganado cuyos mugidos se perdían en la inmensidad desolada, con el chirrido de los ejes y las voces de los que tropeaban. En el horizonte, volviendo la cabeza, ya no se distinguía la colonia y al frente describían una curva los carruajes para bordear un monte de talas y algarrobos.

Jules Gerard bajó de su caballo. Desde una carreta, descalza, venía corriendo Luisa.

—¡Jules Gerard, Jules Gerard! —llamaba con voz temblorosa, como si quisiera con el nombre dar firmeza a su alma.

Jules Gerard la tomó de un brazo y Luisa le escrutaba los ojos con ansiedad profunda.

Seguían la marcha los colonos y ellos quedaban allí mirándose...

Grutly, que en 1870 también se despoblara, volvió a colonizarse con los emi-

grados de Sunchales, pero sin todos los Bressand y sin Miguel, que no se atrevieron a huir.

Jules Gerard tuvo tierra y Luisa con él fue una campesina laboriosa. Ambos vivieron lo suficiente para saber que sus nietos eran gente adinerada, y cuando pensaban en los Bressand, el recuerdo del éxodo los llenaba de imágenes extraordinarias y Luisa, callada, aún era por dentro una rama que florecía.

INFORTUNIO EN LA TIERRA VIRGEN

I

Los Steifel tenían una concesión a no mucha distancia de San Carlos, colonia agrícola de Santa Fe. Al segundo año de establecidos, no podían tener mayor confianza en el éxito de su trabajo. En la cosecha anterior, apenas si obtuvieron un poco de trigo y maíz que volvieron a emplear como semilla, deducido el tercio entregado a la empresa colonizadora. Vivieron duras horas de prueba. América, si bien no los había desilusionado, era mucho menos grata de lo que ellos esperaron. Tenían tierra disponible, y las herramientas necesarias, pero la desolación de la pampa, la inoportunidad de las sequías y de las lluvias, cuya irregularidad los sorprendía, complicaban su conocimiento del nuevo territorio donde vinieran a sembrar y donde su experiencia europea apenas si tenía aplicación.

Salomón Steifel trabajó con sostenido empeño y su carácter se fue transformando tan visiblemente que su seriedad paulatinamente se convirtió en pertinaz hurañía. Se empecinaba en el trabajo; araba mirando la tierra y así también sembraba y caminaba sobre ella como para reducir férreamente su vida dentro de los límites de su campo, en una de cuyas esquinas, ayudado por peones y su mujer, construyó un rancho de paja y barro. Se levantaba de madrugada y como el maizal no necesitaba sus cuidados daba de comer a las pocas aves que criaba, siempre silencioso, ensimismado.

En torno al rancho, había limpiado de malezas y plantado durazneros y paraísos que de puro pequeños apenas si agregaban algún encanto a la habitación. Más allá, hacia el sur y el este, se extendía el maizal, alto, como no lo viera en los dos años anteriores, pero irregular y demasiado invadido por yuyos. Lo miraba con insistencia, reconcentrado, con cierto duro fatalismo aunque la esperanza de buena cosecha era general en la colonia. Las «gatas» le habían destruido mucho del trigo que sembrara en la parte norte y tan poco le interesaba ya, que casi nunca hablaba de él; cuando alguien opinaba, no hacía más que mover la cabeza y escupir concienzudamente, pero sin desprecio. Sabía que del

trigo no obtendría nada, pero se reservaba su opinión y reconcentrado, parecía sacar cálculos tras cálculos.

Su existencia, poco a poco se iba reduciendo a trabajar callado yendo duramente hacia su meta: pagar deuda y ser dueño, de manera que también limitaba sus gastos más necesarios. La mujer adquirió el hábito de seguirlo en todos los trabajos y de realizar también los de la casa, sin preguntar nada, como si ambos estuvieran unidos ya en ideal común y no necesitaran sino apoyarse en las tareas para hacer más llevadera la vida en tierra extraña. Suiza volvía a menudo a sus pensamientos pero como habían renunciado a ella, miraban el pedazo de suelo que sería propio, como única esperanza para el futuro. A ellos no les preocupaban las imaginéras de sus paisanos. No habían arraigado en sus hábitos, los de ir de colono en colono a soliviantar la gente en contra de la empresa que administraba la colonia y cuando algún alarmado traía noticias de indios, tampoco Salomón se inmutaba; su fervor estaba en el trabajo y en campos donde ya entraran tantas rejas de arados no creía que invadieran salvajes, que por lo demás, nunca los habían molestado seriamente. Se empeñaba en su labor casi con tozudez, de aquí que no cupieran en su pensamiento más alarmas que las que provocaban algunas mangas de langostas asentadas en los límites de la colonia. A fuerza de mirar ceñudo, parecía que sus ojos iban hundiéndose más en las órbitas y se espesaban notoriamente sus cejas.

Eso era todo: trabajar y callar. Cuando descansaba, sentado o apoyado en la pala, tenía por costumbre colocar una mano sobre otra: dos magníficas herramientas ennegrecidas por el sol y la intemperie. La vida en el rancho se reducía a costumbres de extraordinaria sobriedad. Levantarse, salir, trabajar, regresar a medio día a pleno sol; comer, salir otra vez y luego, antes de que cayera la tarde, encerrar los animales en un pequeño corral hecho con cerco de ramas espinosas; y esperar lluvia, eso era todo. Pero en el fondo de su corazón se ahondaban cada vez más sentimientos ambiciosos, honestos, pero devoradores.

—Salomón será rico alguna vez, será rico; —comentaban los que le conocían— él trabaja y nada más.

Cuando se lo decían, arrugaba el entrecejo, giraba un poco la cabeza y sin que constituyera su gesto un modo de expresarse, calmoso, escupía. Por dentro, toda la zozobra que sufriera al pisar tierra argentina, se transformaba en voluntad de salvarse de la miseria que amenazaba tanto a él como a otros colonos más desorientados, más extraños y desconocidos por la tierra... Cuando la nostalgia de su patria parecía desconectarlo por completo del suelo, lo dominaba el temor, pues sin analizarse mucho, confundía su nostalgia con imprecisa angustia cuyas raíces suponía hundidas en su presentimiento de fracaso. Tenía dos hijos pequeños, no podía contar con ellos para sumarlos a su propio esfuerzo, y cada vez que necesitaba alguien que lo ayudara, recurría a su mujer. Ambos, él en manga de camisa, pantalón y botas, resguardándose del sol con

sombrero de ala retorcida; sencilla ella, con vestido largo y remendado y tocada extrañamente con chambergo, salían al campo a arar o sembrar o guiar animales al pasturaje.

En ese fin de enero, la cosecha de maíz exigiría esfuerzo superior, era más extenso su sembrado que años anteriores y la irregularidad de la plantación haría más dificultosa la cosecha.

—Ana, vamos ya.

Caminaron hasta el extremo del maizal llevando ambos una larga bolsa forrada la parte inferior con cuero para que no se desgastara mientras la arrastraran con espigas adentro. El sol comenzaba a levantarse. De cuando en cuando se movía el aire y hacía balancear las cañas secas produciendo el roce áspero de las chalas. En toda la extensión que abarcaba la vista no interrumpía los sembrados ni una copa de árbol. La colonia estaba en sus primeros años de existencia, de manera que la región era desolada a pesar de habérsela ya laborado. Ni europea ni criolla, carecía de características arraigadas. Muchos colonos vivían como de tránsito, aunque supieran que allí debía cumplirse su destino. Steifel esa mañana, estaba terriblemente trabajador. Separado por pocos metros de su mujer, comenzó la recolección con bríos.

Ana lo seguía arrancando espiga tras espiga caminando con las piernas abiertas y medio recogidas las faldas para permitir la ubicación cómoda de la bolsa. Trabajaron duramente hasta que el Sol se levantó casi perpendicular sobre sus cabezas. Entre las cañas que iban desespigando quedaban algunas sin tocar y debían repasar a menudo el trecho recorrido entre yuyos demasiado duros. Ana transpiraba con tanta abundancia que las gotas de sudor empapaban sus cabellos y corrían por su rostro ardorado, pero no cesaba en su empeño siguiendo en esto a su marido que incansable, mirando sin levantar la cabeza ni para tomarse un descanso, arreciaba en su esfuerzo por cosechar más. Así continuaron durante todo el día, habiendo apenas regresado al rancho para comer.

Por la tarde volvieron con los niños y en medio del calor sofocante, continuaron la tarea con denuedo.

Concluyeron la jornada habiendo recolectado diecisiete bolsas, cifra extraordinaria por lograrla en maizal crecido en forma despareja, sin paralelismo en los surcos pues emplearon máquina harto rudimentaria para sembrar.

Por la noche Salomón no descansó mucho. Sus caballos se habían alejado de sus tierras y debió salir a buscarlos al atardecer y cuando regresaba, oscurecido ya el día, vio que animales de vecinos habían entrado hasta cerca de su trigal. Estuvo vigilando durante horas para espantarlos cuando se acercaran, hasta que, blasfemando, los arrió al campo lindero. Era la tarea más ingrata en esos años de penurias sin cuento. Otros colonos también debían perder horas de sueño en esta labor y Salomón renegando, porfiaba con las bestias o las azotaba sin piedad. De manera que descansó pocas horas. Pero cuando comenzó a aclarar, y el

fondo del horizonte era de tenue color blanquecino con amplios rayos luminosos como si la luz apareciera tras enorme pantalla; cuando ya despiertas bandadas de palomas silvestres cruzaban rumbo a los comederos, Salomón estaba en el patio atando su carro para reiniciar su trabajo y cargar bolsas al regresar.

Ana salió del rancho trayendo rodajas de pan moreno y una taza de lata donde humeaba la leche. Comió en silencio el campesino y al terminar, se limpió la boca con la manga de la camisa, despacioso y mirando al campo. Igual que el día anterior fue rudo el trabajo. Pero Ana comenzó a sentirse menos animosa. La veía su marido retrasarse pero tal como los bueyes, bajaba más la cabeza para ahincarse en su esfuerzo. La propiedad de la tierra, ese sueño intenso de su alma agitaba su ambición, lo absorbía por completo y lo tornaba casi despiadado. Exigió a su mujer todo cuanto podía esperarse de un peón. Ana, unida al sueño ambicioso de su marido, forcejeaba con el bolsón cargado para vaciarlo en otra bolsa que como mojón, iba marcando con las ya repletas, el camino de su trabajo y de su agotamiento. Terrible tarea en tierra nueva y aún ajena. Salomón calculaba el monto de su deuda. Debía 323 pesos bolivianos, sin los intereses al dieciocho por ciento; pensaba reducirlos a 223 y le quedaban tres años por delante para pagarlos.

Ana sufría detrás suyo arrastrando a duras penas su carga. Un sol fuerte de verano recalentaba los terrones descubiertos entre los yuyos y parecía convertir en papel de lija las chalas del maizal donde la piel de sus dedos se partía quebrando espigas.

—¡La tierra! ¡La tierra! Sin ella no haremos nada. Esta es América. No pensamos en esto cuando veníamos. Es fértil, no lo niego, para qué decir que no, pero es ingrata y amarga la vida.

Los hijos se distrajerón persiguiendo un hurón, bicho raro para ellos. El rancho había quedado solo y visto desde lejos, era una pobre choza, más desolada aún por la ausencia de árboles. Todo tenía aspecto sumamente rudimentario en la colonia incipiente donde predominaba la llanura virgen. Hasta la vida misma de la gente parecía haberse simplificado en la medida de la naturalidad del suelo que partían, como si también necesitaran que hondas roturaciones en sus almas las predispusieran, para que en ellas germinaran otros modos de vivir, otros ideales en armonía con la nueva sociedad que se iría construyendo en territorio donde apenas dos años atrás, era del dominio de aves y animales silvestres y en todo el ambiente se imponía la monotonía del desierto, solo transitado de cuando en cuando por viajeros en carretas o a caballo rumbo a Córdoba. Hombres y mujeres casi improvisaban todos sus actos valiéndose muchas veces de esfuerzos espontáneos para sobrellevar las penurias y las ásperas exigencias del trabajo. Sobre ellos, con poder especial, los directores de la colonia trazaban rumbos al desenvolvimiento de la vida social, pero la absorción del agro los dominaba y no era extraño que por rebeldía o desconfianza se orientaran solos

los agricultores y destruyeran la homogeneidad de la colonia. En ese ambiente dispar la tenacidad de Salomón impuso su propio ritmo de vida en su campo. No reparó en que su voluntad era superior a la resistencia física de su mujer. Con mañas ocultas detrás de su hosco silencio, fue dilatando su compromiso de incorporar otro colono a la concesión y mientras los empresarios confiaban en él puesto que no dejaba de ser un hombre honrado, Ana sufrió todo el peso de tareas abrumadoras emulando a su marido implacablemente.

No habían aún concluido la cosecha cuando una mañana, la mujer no pudo más. Afiebrada guardó cama. A caballo el hijo mayor fue a avisar al pueblo. Por el camino —dos huellas en medio de los yuyales— vino en carro el doctor Romang. Pero nada pudo hacer. La insolación postró a la campesina que, como entregada a la fatalidad, se dejó morir. Salomón soportó su dolor y luchaba consigo mismo para no abandonarse a la amenaza de la soledad tremenda, a la destrucción de todos sus cálculos, a la desorientación de su economía severa.

Esta muerte reunió a muchos colonos. En carros y a caballo acompañaron a Ana que, con otro inmigrante muerto no hacía mucho, inauguraban el retazo de tierra santa en el centro de la colonia. En el rancho de Salomón, mugieron las vacas encerradas hasta que un voluntario las libertó para que pastaran...

II

Los trabajos en la colonia continuaban con su ritmo característico, pero el maizal de Salomón quedó abandonado durante tres días. A la tarde del tercero, llegó al rancho Vollenweider, el administrador de la empresa colonizadora. Era un hombre de regular estatura, de rostro cuya barba, corta, formaba media luna bajo el mentón rasurado y se unía a las patillas harto pobladas. Lo acompañaban dos peones. Salomón los recibió en la puerta de su rancho, firme el gesto, segura la voz como si ya tuviera trazado el plan de su vida futura y no hallara el dolor ni la vacilación resquicio por donde quebrantar su carácter.

—Le traigo dos peones para conchabarlos —dijo Vollenweider— mientras consiga usted asociar otro colono para esta concesión.

—No será fácil; mis parientes se dirigieron a San José, en Entre Ríos, y ya trabajan allá.

—Tome entonces los peones y la empresa le conseguirá otra familia para que su contrato esté en orden, con los adultos que debe tener cada concesión...

—¡Siempre el contrato! ¡Yo puedo trabajar por mi propio riesgo la tierra!

—Es que la compañía está obligada a exigir tres adultos por cada concesión; es el acuerdo con el gobierno de la provincia, el que debemos cumplir...

Salomón se mantuvo en silencio con la cabeza un poco baja como si quisiera pasar la mirada entre las cejas; pero transigió y así lo hizo constar Vollenweider

en el libro que traía y luego de firmado el convenio subió a su carro tomando rumbo hacia el centro de la colonia, donde un grupo de ranchos y una casa de material comenzaban a formar el núcleo de un pueblo futuro.

El jornal de los peones hacía más lejana la posibilidad de Salomón para amortizar su deuda tal como se lo propusiera y por añadidura, la lluvia desmejoró aún más su trigo, tan poco y sufrido que difícilmente podría usar sus granos para semilla. Lo pensaba de mal humor. El trato que dio a los peones no fue mejor del que empleara mientras vivió su mujer. La presencia de personas extrañas en su rancho lo volvieron algo receloso y aunque esto era general en los colonos, en medio de una vida rudimentaria donde cada uno defendía sus propios intereses, en Salomón pareció el recelo más agudo y particular.

La cosecha del maíz le dio resultados bastante buenos pero insuficientes para cubrir la parte de deuda que deseaba pagar. La propiedad del campo estaba más distante, así lo comprobó cuando hizo entrega del cereal. Comenzó a hacérsele menos llevadera la vida lejos de su tierra natal y de noche, mirando a sus hijos, a quienes ahora cuidaba, la nostalgia ahondaba su pesadumbre unida al recuerdo de Ana. La nostalgia, enfermedad moral del inmigrante, destruía su temple, su reconcentrada voluntad para el trabajo. Entre los suizos hacía presa más fácilmente y en Salomón con intensidad. Comenzó a recordar con frecuencia su viaje y se le hacía difícil borrar el recuerdo de un viejo alemán que desde la cubierta del buque en un puerto de Entre Ríos, gritaba y se negaba a desembarcar porque no veía los naranjales de que le hablaran... ¡Los naranjales! ¡Si solo naranjales le faltaran a él!

Cuando finalizó su escasa cosecha de trigo se fueron los peones pero el mismo día vino a visitarlo don Carlos Beck, director de la colonia. Era un hombre afable y fundamentalmente bondadoso; adquiría ascendencia con naturalidad por la jerarquía de sus sentimientos y la noble serenidad de su carácter. Le propuso incorporar a la concesión una familia recién llegada con la cual compartiría los trabajos, los beneficios y el derecho de propiedad. Aceptó Salomón la propuesta como última esperanza de arraigar en la colonia.

Al día siguiente, a través del campo, venía una carreta con toldo de cuero, tirada por yunta de bueyes, lenta, pesada, seguida por un carro de caja honda, tronco de pirámide vuelta la base hacia arriba. Se introdujeron en los rastros del maizal y al avanzar despacio en medio del terreno ya trabajado, amarillento de chalas y cañas destruidas, ambos vehículos semejaban ir, más que hacia el rancho, camino del éxodo, dejando atrás una colonia donde la impresión desmoralizadora causada por una cosecha en general poco fructuosa, parecía extenderse con el viento cruzando la llanura virgen y la roturada...

La familia Gaspoz bajó de la carreta en el patio junto al cerco de ramas espinosas, y como desconocidos que eran, quedaron allí esperando a Salomón que venía del rastrojo de trigo. Formaban un cuadro casi patriarcal con un fondo de

rusticidad extraordinario. Julián Gaspoz, abuelo de 68 años, José Gaspoz su hijo, con la mujer y siete descendientes entre mozo, niñas y niños. Toda esta gente se incorporó a la vida del rancho. Vivieron en tiendas hasta que construyeron nuevas habitaciones poco separadas de las de Salomón quien quedó al frente de todas las tareas agrarias.

La vida en la concesión se transformó por completo; la familia Gaspoz, aunque sin el arraigo que se consigue con larga permanencia en el medio, era muy desenvuelta y tan alegre, que contrastaba con la modalidad casi huraña de Salomón cuya intimidad hermética era poco posible que le comprendieran. Los Gaspoz eran tres adultos, sumando el hijo mayor de José y descontando al viejo por arreglos del contrato; de manera que tenía mayores derechos que el antiguo responsable de la tierra. El mayor número de brazos les aseguraba tres cuartos de los beneficios y de la propiedad y el resto era para Salomón, que por esta causa aunque estaba al frente de las siembras y las cosechas, se sentía disminuido por el exiguo límite de sus aspiraciones. Legalmente, estaba atado a un compromiso de escaso fruto y por más que lo tranquilizara el hecho de que sus hijos tuvieran ahora quienes los cuidaran, comprendía con inquietud que de la nueva manera de vivir no podía esperar más que paulatina anulación de su ascendiente sobre la familia Gaspoz. El abuelo Gaspoz pronto hizo conocer su afición al vino y los paseos al pueblo. Buen trabajador, sencillo y agradable, fue de inmediato popular en la colonia.

—¡Qué viejo este Gaspoz —decían—, sabe reír y tomar vino, pero trabajar, trabaja bien!...

José Gaspoz era más sobrio y como casi todos los suizos, defendía con claridad sus derechos, de modo que de cuando en cuando, tomaba iniciativas propias ya que, al fin y al cabo, era aspirante a la mayor cantidad de tierra.

La roturación de campo para sembrar el nuevo maíz se desarrolló sin dificultades, con la preeminencia de los Gaspoz: por ser más numerosos lograron arar tierras vírgenes. Se colocaron así en plano superior que les permitía trazar proyectos de más vastos alcances. En la colonia se comenzó a llamar «la tierra de Gaspoz» a la que antes era «de Steifel».

Un día domingo Salomón ató su carro y fue al centro donde al cabo de pocos meses se habían instalados nuevas familias que por trabajar para la administración prefirieron estar cerca del poblado: cerca de la iglesia, del hospital y del juzgado. No faltaba cierto elemento intrigante que suponiéndose defraudado, sembraba cizaña entre los colonos difundiendo especies capciosas, para provocar intranquilidad y desorden. Uno de ellos se encontró con Steifel.

—¿Paisano, cómo van las cosas por allá?

—Se lucha —respondió Salomón—, la tierra es buena; lo que molesta es el tiempo que no se comprende nunca. No se acierta con lluvias ni heladas...

—Beck dice que aquí faltan árboles para que se arregle esto—. Y buscando in-

formarse añadió después de una pausa: —Y los Gaspoz, ¿qué dicen los Gaspoz?

Salomón no respondió de inmediato; juntando ambas manos se retorció los dedos que hicieron ruido de ramitas que se quiebran, luego dijo:

—Es trabajador el viejo, José también, ellos tendrán casi toda la tierra.

—Ah, ah, esa es la cuestión. Los que son muchos pueden esperar algo, pero vos y tantos como vos, no. Oí decir que aquí te tienen en menos. Se duda de que puedas pagar... Houriet estuvo tremendo con la entrega del tercio y hay muchos que protestan. ¿Venimos de Europa para que nos exploten como a indios? ¿Que te dan la tierra? No te la dan: te la ganas o la pierdes si no pagas...

No respondió Salomón porque colmada fue su amargura. Se despidió con pausado ademán. Era una mañana muy límpida de marzo. Los ranchos del centro levantaban sus formas rectangulares a pocas cuadras unos de otros cerca de los caminos trazados con araduras profundas que se prolongaban de un extremo a otro de la colonia dividiendo las concesiones que se reservaba la empresa. A lo lejos se veían las techumbres de otras casas en medio de la llanura roturada en parte o sembrada con maíz cuyas plantas sufrieron la sequía. Algunos montes de durazneros y ejemplares de pino y paraísos jóvenes, eran todos los árboles que se veían en la colonia. Nada tenía el encanto de las campiñas montañosas de Suiza, todo parecía estar desorientado en esta llanura monótona donde las familias vinieran con esperanzas desmesuradas.

Salomón guió su carro hacia el cementerio donde los yuyos ya habían invadido la tumba de Ana. Llegó hasta ella y mirándola fijamente, el campesino oró por su mujer; cuando finalizaba el rezo, levantó los ojos al cielo y con emocionado recogimiento recordó palabras de la Biblia: «Levántate ahora y sal de esta tierra y vuélvete a la tierra de tu naturaleza».

Una bandada de torcazas cruzó veloz a mucha altura rumbo a desconocidos parajes. Profunda calma reinaba en toda la región como si desde el retazo de suelo santo se extendiera infinito sosiego prolongándose hasta el azul límpido del horizonte donde iría a hundirse el carro de Salomón Steifel...

A la semana siguiente, Carlos Beck corrigió el registro de colonos. Puso entre paréntesis el título «Salomón Steifell» y al lado escribió «Familia Gaspoz», iniciando el historial de estos campesinos. Pero antes, con letra cuidada, como si lamentara concluir una reseña que había comenzado con elogio, anotó: «El juez de paz concurrió con Vollenweider al rancho de Steifel, quien entregó todas sus herramientas en pago de su deuda, más los animales con sus crías. Este campesino abandonó la colonia y se fue a San José con sus parientes».

Y es la última noticia del colono que a pesar de su esfuerzo inexorable no pudo hacer que se cumpliera para él el aforismo que dice: el que labra la tierra se hartará de pan...

LOS MOJONES

Cuando se fundó la colonia San Carlos se dividieron los campos en concesiones de cuarenta cuadras; no obstante a cada colono se le otorgaban veinte, quedando la otra mitad como reserva por si concluido el contrato a los cinco años, el propietario deseaba ensanchar sus dominios.

Un lote de reserva separaba la concesión de Nicolás Múcher de la de Juan Koch. A Nicolás correspondía adquirirla porque era la continuación de su campo, pero concluyó su contrato sin poder saldar crecida deuda en la que aún sumaban sus gastos de viaje desde Europa y los alimentos de su familia desde dos años atrás. Tenía Nicolás mala fama en la colonia por su carácter inamistoso. Desde la segunda cosecha comenzó también a protestar violentamente contra la administración y a proferir amenazas. Ocultó parte del trigo para no entregar el tercio que le exigían legalmente y como pudo vender en Santa Fe lo sustraído, cada año renovó sus artimañas. Era de rudo espíritu de modo que cuando entraba en alguna pulpería, le tenían recelos y evitaban enemistarse con él, principalmente su vecino Juan Koch, hombre también fuerte, pero de mayor prudencia y ponderación. Ambos sabían que algo irreconciliable los separaba. Juan trabajaba con mejores recursos su campo, era más experto agricultor y ampliaba sus cultivos ensayando semillas de todas las plantas que llegaban a la colonia. En el año recolectaba diferentes cosechas.

Nicolás sembraba trigo con desprecio por el tabacal, el maní o los sufridos maizales de Koch. No vacilaba en espantarle los caballos o vacunos cuando pasaban hacia el campo de reserva, como si fuera ya de propiedad suya. El vecino lo soportaba todo, pero iba ahondándose el odio y cuando se encontraban en los caminos, desde el carruaje o los caballos que montaban, se cruzaban miradas que, de ser sinceras, hubieran desnudado la violencia de sus sentimientos rencorosos.

Un domingo después de oír misa en el centro de la colonia, grupos de inmigrantes se reunieron en una pulpería para beber y cantar. Era la única diversión de aquellos hombres después de haber trabajado durante seis días de sol a sol. El rancho de la pulpería era pequeño y los colonos se sentaban en bancos

rodeando una mesa. Juan Koch cantaba como los demás y cuando finalizaban cada canción reían y comentaban los agudos y criticaban a Peter, el tenor, su apresuramiento algo vanidoso. Entró Nicolás Mücher. Algunos lo saludaron, pero otros lo miraron con reserva y volvieron todos a ponerse de acuerdo para cantar sin darle importancia. Las voces no armonizaron bien en los primeros versos y Juan Koch estuvo realmente desentonado, pero prosiguieron hasta el final y con las últimas notas levantaron riendo sus vasos para beber. Nicolás se acercó a la mesa y como resentido comentó:

—Algunos cantan porque no saben hacer otra cosa... y tampoco cantar saben.

Todos comprendieron que lo decía por Juan Koch, que palidecía en su banco mirando a Nicolás como si esperara alusión más directa para levantarse y afrontar la pelea. Pero Peter se adelantó, y en alemán, único idioma que hablaban, dijo:

—Vamos, Nicolás, siéntate y bebe a mi salud, que pronto voy a vender mi trigo...

—Yo no bebo donde hay un toro empacado. Me gustaría probarlo de una vez...

Se adelantó Juan y se hizo una tremenda confusión de voces y bancos caídos. Los colonos se levantaron y se interpusieron para evitar el escándalo mientras Koch gritaba:

—¡Déjenlo, hace tiempo que provoca ese ladrón!

Nicolás forcejaba para desprenderse de los hombres que lo sujetaban y Peter con otros empujaron hacia afuera a Koch que profería palabras indignadas. Se deshizo completamente el grupo, quedando los que apaciguaban a Nicolás mientras los otros acompañaron a Koch hasta su campo para impedirle que regresara.

Era a mediados de diciembre. La cosecha ya concluía en la colonia y en todas las concesiones se trabajaba en la trilla. Ese año vencía el contrato con la empresa y muchos esperaban conseguir importantes beneficios para saldar la deuda y obtener el título de propiedad. Mujeres y niños andaban por los campos ayudando a los hombres. La actividad era intensa. Afluían hacia el centro los carros cargados y peones extraños a las familias agricultoras se conchababan para trabajar, de manera que en la colonia aumentó la gente. El juez de paz iba y venía de la administración con sus papeles y muchos colonos, cumplidos ya sus contratos, pasaban la mañana en el centro deseando poder firmar la liquidación de sus deudas. Nicolás Mücher entregó poco cereal y estaba entre los que tendrían que gravar su concesión como garantía de sus créditos no pagados. Pero no le hubiera preocupado tanto eso sin la evidente prosperidad de su vecino. Cuando se otorgaron los primeros certificados de propiedad, ya se sabía que Juan Koch no sólo era dueño de su tierra, sino que iba a comprar otras concesiones. Era lógico suponer que elegiría tierras colindantes y muy probablemente la concesión de reserva que lo separaba del campo de Nicolás. La concesión donde vivía estaba deslindada con cerco de cinacina, pero el campo lindero de

Nicolás permanecía aún desprovisto de elementos divisorios y solo en los extremos se habían clavado mojones para separarlo de tierras reservadas. Los mojones eran dos postes gruesos de madera dura. Cuando Nicolás Múcher conoció las intenciones de Koch fue a la administración a pedir que no vendieran el lote contiguo, pero Carlos Beck le informó que la empresa estaba en liquidación y que no podría esperar más tiempo para vender las tierras.

—Vea, —dijo Nicolás— sé que hemos tenido cuestiones por las cosechas y que todavía debo mucho, pero puedo aspirar a ese lote.

—Ese ya está vendido. Ayer lo compró Koch y está firmada la venta.

Nicolás regresó a su campo enceguecido de rencor. Imaginaba venganzas que de puro absurdas lo hundían en perturbaciones. ¡Juan Koch dueño de la concesión! Lo tendría de lindero y allí mismo sobre la línea de su terreno le araría y sembraría. ¡Juan Koch soltando animales en la tierra donde hasta ahora pastaron los suyos, sin que nadie se atreviera a decirle nada! ¡Lo tendría cabalmente de vecino y como propietario de lo que a él mismo le hubiera correspondido adquirir! Envidia corrosiva iba invadiendo todos sus pensamientos y hacía irrefrenable su maldad.

Una tarde —contra su costumbre pues era trabajo de los hijos— salió a buscar sus animales. Como era común en aquel entonces llevó su fusil, disimulando ante su mujer la cobardía de su propósito. Llegó hasta el último extremo de su concesión por la parte sur donde ya había un camino trazado. Por allí volvían a la querencia los animales de Koch. Esperó más de una hora hasta que vio venir cuatro vacas barcinas. Eligió la más gorda, le puso los puntos e hizo fuego. Sin mirar el efecto del disparo, retornó a su rancho. En la colonia se supo la muerte a bala del animal pero solo Juan Koch sindicaba como autor a su vecino, y su odio tendió terrible barrera entre ambos.

Como el verano transcurría muy seco no aró Koch su nueva concesión, pero una mañana, muy de madrugada, salió en carro para preparar hoyos y clavar postes porque en la colonia se esperaba una partida de alambre y quería delimitar claramente su propiedad antes de sembrar el maíz. Llegó hasta el mojón más alejado y le despertó curiosidad que a unos cinco metros dentro del campo de Nicolás hubiera rastros de tierra cavada, en la misma dirección del mojón, como si el poste hubiera sido trasladado. Subió nuevamente al carruaje y marchó en línea recta hacia el mojón del otro extremo. La duda comenzaba a inquietarlo previendo un conflicto desagradable. A mucha distancia veía el segundo poste pues los animales habían aplastado los yuyos dejando largos trechos limpios y el sol aclarando las nubes, se levantaba en el fondo del horizonte. Dominaba a Koch la impresión de que un mal día alumbraba para él y a medida que se aproximaba al mojón, le latían las sienes con palpitations que aceleraban un presentimiento nefasto. Desde el carro pudo ver un círculo, sin yuyos, similar al anterior, a cinco metros otra vez. No le cupo más dudas, los mojones habían sido trasladados.

Preso de indignación, bajó y observó el poste. En su base, la tierra estaba aún sin cubrir por los pastos y se veían claramente las huellas de un trabajo reciente. Sin vacilar, seguro ya del fraude, lo desenterró, cavó nuevamente en el hoyo anterior y restituyó a su campo la dimensión justa. Golpeaba con la pala aplastando la tierra y se afirmaba en la decisión de ir en busca de Nicolás. Tumultuosos pensamientos lo agitaron como si ya estuviese trabado en pelea. Pero subió al carro, fue hasta el otro mojón y lo plantó también en el sitio de donde fuera sacado. La tarea apaciguó sus nervios y la ira confundía sus ideas. En el fondo comenzaba a creer que él mismo estaba cometiendo un hecho delictuoso al desenterrar los mojones. Prefirió arreglar por otras vías este asunto y regresó a su casa. La mujer concluyó por calmarlo y resolvieron que la empresa midiese otra vez el campo. Esa misma mañana fue en busca del administrador; ambos confirmaron que los mojones tal como ahora estaban marcaban la medida justa de una concesión. Quedó así resuelto sin la intervención de Nicolás a quien preferían no ver en este asunto. Pero Koch no plantó los postes para el alambrado; dejó transcurrir diez días esperando la reacción de su vecino, favorecido también por fuertes lluvias que no permitían trabajar y que hicieron reverdecer los pastizales alzándolos frescos, vigorosos, a medio metro de altura.

Nicolás parecía ignorar todo lo ocurrido con los mojones, sin embargo, aguardaba el momento de una venganza y tozudamente se enneguecía para convencerse de su derecho de litigar por la concesión de reserva. Sin una razón lúcida, dejándose arrastrar por su envidia y rencor, se propuso mover otra vez los mojones y provocar el conflicto abiertamente. Salió al campo llevando el fusil. Los rastros de la pasada cosecha habían desaparecido cubiertos por el pastizal y en la blandura del suelo hollaban los yeguarizos hundiendo sus vasos. Nicolás iba ceñudo, confiado en la fuerza de su ánimo. Allí vivió desde que llegara a la colonia y consideró siempre como suya la tierra, alegando también que lo engañaron, que no le dieron título de propiedad sino que debía ganarlo, no como en Europa, pero tampoco aquí era un regalo el terreno donde se araba y sembraba. ¡Los mojones! ¡Los mojones! ¡Porque quiso los movió y pudo destruirlos también! Toda esa tierra debió ser suya ganada en cosechas y no fue por su descuido que dos sequías le quemaron sus sembrados y cuando llovió, no fue por él que las langostas le devoraron hasta las ramas chicas de los árboles. ¡Juan Koch! ¡Adrede compró allí! Eso. Compró adrede para humillarlo... ¡Y todavía se le ocurre la bravata de los mojones!

Allí, cerca de él, estaba uno de los postes. El campo limpio lo circundaba, solo allá a lo lejos, en otras concesiones, se veían hileras de arbustos y árboles, algunos volteados porque varios colonos esperaban alambres para cercar sus tierras labrantías. Nicolás se tomó del mojón con ambas manos y lo empujó en contra de su cuerpo. El poste cedió algunos centímetros.

—¡Yo le voy a enseñar a ese bruto meterse en lo que hago por mi cuenta!

Y cuando quiso buscar la pala, vio venir un caballo. Lo montaba Juan Koch. Se le enturbió de pronto la vista como si leve opacidad hubiera velado el sol y el aire se moviese oscuro; hizo un esfuerzo por serenarse apremiado por el resonar del galope. Nada se le ocurría para justificar su presencia en el mojón y desechó todos sus pensamientos dispuesto a pelear de firme. Lleno de coraje se apartó del poste descuidando prevenirse, sobrado de valentía. Cuando vio que Juan Koch traía fusil, quitose el suyo de la espalda, lo tomó con ambas manos puestas sobre la boca del cañón, culata en tierra. Su trágica mirada puesta absolutamente sobre Koch, se aceraba, decidida, brutal. Estaba dispuesto a matar.

El caballo acercábase. A treinta metros se detuvo y bajó de un salto el jinete. Nicolás vio que alzaba el arma apuntándole e instantáneamente levantó su fusil, pero al tenerlo junto a su cara, la tierra bajo sus pies parecía alzarse y replégarse a sus costados. Se brillantaba la luz y se oscurecía para volver a hacerse más clara aún. Lentamente dobló sus rodillas; el arma cayó de sus manos; los yuyos parecían buscarle la cara para tapársela y se abandonó a la suavidad de las hierbas, abiertos los brazos y de perfil el rostro. El verdor cubría toda su mirada y el campo se levantaba hacia el horizonte. Veía una montaña moviéndose desde la falda hasta la cumbre y de pronto bajaba y se sumergía elevando la tierra donde él estaba, mientras el mojón aparecía ante sus ojos y se deformaba hasta desaparecer cubierto de penumbra. Abrió más los ojos, creyó que flotaba en un mar intensamente verde y se entregó a su profundidad...

CUESTIÓN DE MAÑAS

La concesión de Juan Kienast lindaba con la de su cuñado Hipólito Pignat. Como todos los campos en esa época, a pocos años de fundada la colonia, sólo estaban separadas por dos surcos trazados en sentido contrario, de modo que la tierra del segundo surco volcada por la vertedera, al unirse a la del primero formaba un montículo a todo lo largo y ancho de las concesiones. Señalaban las esquinas mojones de postes plantados cuando fueron numeradas las veinte cuadras que corresponderían a cada agricultor. Pocos colonos habían construido ya los caminos, de manera que las propiedades, en su mayoría, se recuadraban mediante el procedimiento, tan rural, del zanjeo. Cada colono trazaba un surco para hacer más equitativa la salvaguardia de los límites dentro de los cuales podían arar y sembrar.

Tanto Juan Kienast como su cuñado, respetaban con bastante escrúpulo el montículo que, vaya uno a saber por qué rara semejanza llamaban «lomo de burro». Pero los que no lo tenían muy en cuenta, eran los animales.

Vacunos durante el día y yeguarizos por la noche, se introducían a pastar en sembrado. Kienast e Hipólito se habían hecho famosos por sus disputas de este origen. El primero era un hombre cazurro, calculador, y como muchos colonos, bastante propenso a las grescas; Hipólito, larguirucho, narigón, un poco calvo y largo el cabello en lo posterior del cráneo, era más pacífico, crédulo y a la vez empecinado.

—Tus caballos, Hipólito, anduvieron anoche otra vez en mi trigo—, le dijo un día Juan.

—No serían mis caballos—le respondió Hipólito con su voz atiplada como si la delgadez de su cuello no le permitiera poseer otra.

—Te digo que fueron tus caballos.

—Yo no los vi... pero no serían mis caballos.

Sabiendo que de este hombre no conseguiría nada, calló el cuñado y se fue sin despedirse, dejando a Hipólito malhumorado. Al atardecer, después de ordeñar sus vacas y de dar agua a un padrillo oscuro —hermoso animal con fama

excelente en la colonia—, Kienast y dos de sus hijos salieron a vigilar el sembrado. La noche los sorprendió en un extremo de la concesión donde se encontraron con otro colono que recorría la suya y como no vieran animales sueltos, decidieron retornar orillando la zanja que separaba el campo de Hipólito. A poco andar, vieron tres yeguarizos pastando profundamente introducidos en el trigo cuyas porretas se alzaban a una cuarta del suelo.

—¡Este Hipólito me las paga! —gritó Kienast y al galope, arriaron los caballos hasta el rancho para tenerlos como prueba irrefutable.

Al día siguiente, Hipólito debió comparecer ante el juez de paz, pues el cuñado hizo la denuncia «en un todo conforme a derecho».

Los cuerpos del delito estaban atados a un palenque de ñandubay junto al juzgado donde los colonos dilucidarían el pleito de menor cuantía...

Desempeñaba las funciones de juez el campesino Goetschy, nombrado por indicación de los administradores de la empresa de colonización. Era un hombre de unos cincuenta años de edad, más miedoso de lo que convenía a su cargo en tiempos de actos rudos, y tan hablador como el más desenvuelto de los litigantes. Sentado frente a rústica mesa con libros de apuntes y papeles, tenía delante a Hipólito con cara compungida y a la vez disgustada: su gruesa nariz se le enrojecía embarazosamente. El astuto cuñado conservaba su sombrero en ambas manos y no perdía una sola expresión del juez y del pariente.

—Hipólito Pignat —comenzó el juez—, tus caballos han destruido parte del trigo de Kienast; yo lo comprobé. ¿Está eso como lo quiere la Administración? ¿Está...

—Yo tengo que...

—Un momento —le interrumpió el juez—, un momento. ¿No tienen acaso todos los colonos que encerrar de noche sus animales? ¿Qué tienes que decir a esto?

—Sí, Goetschy, hay que encerrarlos, pero no quise más que dejar hacer a los caballos, que después de todo, no eran caballos, sino mis tres yeguas, allí afuera presentes...

—¡Que son sus yeguas! ¡Que son sus yeguas! —terció Kienast—. ¿No comen tus yeguas, no pisan el trigo tus yeguas?

—No se discuta —exclamó Goetschy con voz alta y destemplada—, ¿se respeta a la justicia o no se la respeta? Hipólito no encerró sus animales que ahora están aquí atados afuera.

—No quise encerrarlos. Ahí está la cosa, tenía derecho a no encerrarlos...

—¡Que tenía derecho! Oigalo bien, señor juez, dice que tenía derecho...

—¿Por qué Kienast no se quejó cuando mi toro iba a su campo? ¡A ver!, ¿por qué no se quejó? ¡Que lo diga, que lo diga! —exclamó Hipólito en un casi lloriqueo.

Como pescado en delito, el cuñado miraba al juez sin responder.

—¿A ver, que lo diga, que lo diga! Mi toro es un buen mestizo y todo el mundo sabe que es el mejor de la colonia. Por la época de la sequía cuando la vieja...

—No te salgas de la cuestión.

—A eso voy, Goetschy. Mi toro come y pisa, para qué negar, pero también ¡qué diablos! (¿mayúscula, comas?) hace bien sus cosas con cualquier vaca. Eso es lo que digo. ¿Por qué Kienast no se quejaba aquí antes?

—Kienast, ¿tienes algo que decir a esto?

—Es verdad... que su toro venía a mi campo, no lo niego, pero de ahí no pasó la cosa...

—¿Que no pasó? ¿Y tus terneros colorados? ¿Pasó o no pasó la cosa?

—A la cuestión, a la cuestión, que la justicia no puede perder tiempo. Vamos a tus caballos, Hipólito.

—Digo que son yeguas. Kienast tiene buen padrillo, es tan bueno como mi toro. Esa es la cuestión que yo digo... Le mandaba mis yeguas y cobraba lo mío ¡qué diablos!

En la pieza del juzgado se hizo un silencio muy particular. Kienast quedó perplejo y el juez los miraba a ambos como diciendo: los dos son pillos.

Después de pensarlo un momento sentenció: «Por hacer caer sus animales en tentaciones ilícitas, tanto Hipólito Pignat como Juan Kienast deben pagar una multa de un peso boliviano». Hipólito pagó disgustado; Kienast quiso protestar pero pensando en sus terneros de raza mejorada, se alegró de la inhabilidad del cuñado para tentar a su padrillo...

EL MILAGRO DE SAN ISIDRO LABRADOR

En un campo de hermosa apariencia por el constante verdor de los pastizales en época de receso, y por la lozanía de los cultivos cuando a ellos lo dedican sus dueños, puede verse aún, desde el camino que lo rodea, emplazado en el centro un monolito que por ser único en la colonia, se hace más sorprendente y despierta curiosidad en todo viajero que desconozca la zona y la historia de esa construcción solitaria que, de inmediato, hace suponer fue concebida por inspiración divina. Remata su extremo una cruz. No es el frecuente recordatorio que se erige en campos o caminos en el lugar donde alguien fuera asesinado o simplemente hubiera fallecido en circunstancias accidentales; ni tampoco pareciera sitio de peregrinación por lo descampado del contorno. Misiones hubo que culminaron su acción colocando una cruz, sobre escaso pedestal, junto a un camino en el sitio donde llegaron en peregrinación. Una así existe en los alrededores de Esperanza.

Pero no tuvo ese origen el monolito y el símbolo que se levantara en el centro del campo que os digo. Este hace perdurable un milagro de San Isidro Labrador, un verdadero milagro que tornó visibles las alas de los ángeles.

Vivía en esa tierra en el siglo pasado un colono creyente, de extraordinario fervor que ayudado también por su contracción al trabajo y buen celo puesto en su economía, logró crear respetable fortuna de la que no disfrutó gran cosa porque sin llegar a los sesenta años, lo tomó desprevenido una pulmonía fulminante que le abrió las puertas del cielo. Le sucedió en el mando de la casa su mujer, Ulrica Farquet de Gundinard, y quedaban aún en ella un hijo y una hija solteros.

Ulrica era tan laboriosa como su marido y más creyente aún, de manera que a todos los trabajos fundamentales en su campo, precedían fervientes rogativas a San Isidro. Su prosperidad era mucha en los años favorables y la atribuía a los rezos frecuentes entre los que nunca dejaba de recordar la esplendidez de sus mieses —para agradecerla— o el raquitismo y mal trance de las plantas cuando padecían sequedad —para que remediasen— y con el propósito de que no faltaran en su campo los beneficios de prosperidad general, al solicitar humildemente graciosas bendiciones, el recuerdo de sus gallinas cluecas se mez-

claba por un instante a las imágenes de los santos invocados, de suerte que les alcanzara un gemecillo de la bondad implorada.

Ulrica ofrecía óbolos respetables; sus limosnas aumentaban los bienes espirituales de la parroquia, ya que es grato al alma de la grey un recinto para elevar preces donde no acusen de miseria o desidia las paredes desprovistas y el altar sin ornamentación a la altura de su destino; a ello destinaba Ulrica sus dádivas. Tan notoria se hizo esta mujer por sus virtudes, que a pocos años de quedar viuda, muchos olvidaron al marido y todos llamaban a sus tierras «el campo de Ulrica». Algo gruesa, vestía siempre batón oscuro y tocaba su cabeza con pañuelo doblado en triángulo anudado bajo la barbilla. Con tales indumentos, sobrios como convenía a su estado e inclinaciones, viajaba en jardinera los días domingo sin variarlos en los de faenas. Era capaz de emplear en sus actos tanta energía como piedad, por lo que puede asegurarse que no le faltó nunca resolución, ni dejó jamás de sentirse sostenida por su fe; y su campo florecía, sus aves empollaban sin piojillos, y cuando mugían sus vacas, llenaba el aire la voz de la gordura.

Pero he aquí que un nefasto día de septiembre cuando aún los trigales no habían cuajado sus espigas y daba gusto ver la hermosura de todos los árboles, en el cielo límpido de Ulrica, como en todo el cielo de la colonia, cruzó una nube oscura... una oscura nube de langostas con hambre espantosa traída en vuelo desde veinte leguas al norte. Y comenzó a descender a medio día. Iba posándose en los campos. Brillaba por los rayos del sol y parecía un mar de lentejuelas bajo el cual todo verdor era engullido. ¡La hermosura y riqueza del campo bajo una terrible manga de langostas! Invadíanle a Ulrica el huerto, y los gajos de los frutales, a poco de asentadas, doblábanse por el agobio de su peso. Decenas de langostas pujaban por comerse cada fruto, cada hoja y así en toda rama, en toda minúscula partícula donde algo verde dejara ver la masa movible de acridios que cubría toda la planta. El huerto, desde las raíces hasta las copas y aún el suelo, quedó bajo las mandíbulas desoladoras. Ulrica y sus hijos golpeaban los árboles pero tras el golpe que espantaba a las langostas echándolas a volar, centenares las suplían. Inútiles eran los ruidos y el humo. Ni un árbol se salvaba. Ulrica apeló a los rezos. Tenía levantado un altarcillo en su dormitorio y prendió sus velas y con las llamas que alumbraban la imagen de San Isidro, elevó sus plegarias que le nacían del corazón lacerado, pues a la desgracia de perder su cosecha se unía la desdicha de sentirse abandonada de la gracia de Dios, pues alguna advertencia divina era prudente sospechar que bajaba de tal manera y con tanta hambre de hoja, fruto y dulce corteza. Rogó mucho Ulrica y recorría su memoria en busca de algún grave pecado que cometiera. En ello estaba cuando al caer la tarde comenzó a levantarse la langosta. Ni una mísera cánula había quedado del trigal, y en casi todos los campos el desastre era semejante. En los huertos quedaron las ramas desprovistas de todo verdor y

al caer la noche, cuando aún la penumbra permitía ver, semejaban árboles a los cuales el fuego hubiese carbonizado. El desastre era total e irremediable porque no podía esperarse lluvia próxima que viniese a remediar en algo tanta pérdida, tanta desolación. Pocas horas de langosta trajeron muchos días de pesar. Ulrica enriqueció con penitencias los tesoros de su fe. Buscose empeñosamente culpas y desprendiose de nuevas limosnas, lo cual alivió mucho su alma e hizo que viviera serenos días en medio del infortunio...

Pasó ese año terrible, pero estaba escrito que no iba a ser en el otro tranquila su existencia. Dios la sometió a duras pruebas, sin duda para no equivocarse en la valorización que de la fe de Ulrica tenía hecha y deseaba premiarla con justicia por todos sus méritos. La prefería entre todos los de la colonia porque para retemplar sus virtudes y acrecentar sus rezos, le envió también el granizo, un bárbaro granizo que la postró de hinojos ante San Isidro rogando por la salvación de su sembrado.

Las dos calamidades —langosta y granizo— la acercaron más al Señor y Ulrica se preguntaba a veces si su culpa no residiría en el exceso de oraciones, pero temerosa de su pensamiento, purificábase con el signo de la cruz y llevaba limosna a la iglesia como convenía a su devoción. Vivía pues inquieta por el fruto escaso que rendían sus tierras azotadas, pero tranquila su alma con el Eterno, que al fin y al cabo, es lo que tiene verdadero valor y no un galpón lleno de trigo que puede ser causa de tentaciones sensuales, de olvido de amor al prójimo y pérdida del cielo.

Fue premiada la confianza que Ulrica puso en San Isidro mediador de su fe en Dios, porque nueva plaga vendría a coronar sus reveses en el campo y a hacer que se sintiese elegida para la gracia infinita de ser testigo de un milagro. Debía remontar su memoria a cinco cosechas anteriores si deseaba comparar con algo semejante el trigo que este año se levantaba del suelo a la altura justa en que comenzaría a florecer, con toda la robustez requerida para lograr espléndido rendimiento. Las plantas rebozaban lozanía y el suelo fecundidad solo para el trigo, pues no lo ensuciaba maleza alguna. Cuando necesitó agua, llovió; cuando frío para arraigar, lo tuvo y cuando calor para crecer, el sol no cesó en su brillo sin que una nube aminorara el ardor de sus rayos. Ulrica veía en ello el retorno a su paz completa porque se restablecerían los años de producción y andaría su fe por el camino suave que reclamaban sus años laboriosos. Por eso tuvo la intuición profunda de que nada vendría ese año a poner desasosiego en su vida. Apenas si se inmutó cuando le dijeron que por los campos de la colonia una nueva plaga devoraba los sembrados. Se afirmó en su fe, creyó más que nunca en la salvación de su trigo.

Un día se cruzó con el colono lindero de sus tierras, que le dijo: —Ulrica, otra vez perderemos la cosecha. Todo mi campo está invadido por terribles gusanos y ya comieron que da dolor mirar eso...

—A mi campo no vendrán —le respondió segura la mujer—, no serán vanos mis rezos. Anda, reza tú y tu familia a San Isidro Labrador, porque se vayan de la colonia esos bichos que dices.

Las «gatas» no eran aún conocidas en esa zona. Son orugas de color verde; orugas en pleno desarrollo que antes de ser crisálidas devoran los sembrados con rapidez y aunque no causan estragos como las langostas, dañan las cosechas cuando invaden mucha extensión, con el agravante que prefieren comer el extremo superior de las plantas lo cual perjudica al trigo cuando está espigando.

Orugas así amenazaban destruir el sembrado lindero del de Ulrica, si continuaban con la voracidad con que habían empezado. Rezó el colono y su familia y rezó Ulrica. Las orugas comían. Cayó Ulrica en éxtasis ante la imagen de San Isidro y estuvo sumergida en divino arrobó ante el resplandor con que la fe iluminaba su alma. Las orugas, henchidas, con desarrollo completo, comiendo aún, comenzaron a abandonar las plantas, pero, para tribulación de Ulrica, las veía salir del campo ajeno y arrastrarse hasta el suyo como si fuera un ejército avanzando para tomar posiciones nuevas después de obtenida una victoria parcial. Las orugas atravesaban el camino de tierra y se metían en el trigal de la campesina. Miles y miles se veían arrastrarse, henchidas, lentas, seguras y lo invadían desapareciendo en el verdor y metiéndose quizá hasta qué profundidad del campo. Así ocurrió durante todo un atardecer y recrudecieron los actos de fe en la casa de Ulrica tanto como la alegría en la del vecino que veía libre su tierra de amenaza.

Por la noche San Isidro fue sahumado con incienso y un perfume de santidad, llevado por el viento, se dispersó por la llanura. Cuando alumbró el sol, las tierras de Ulrica guardaban aún toda la apariencia de fecundidad que hasta entonces las alegrara, sin que se notaran rastros del insecto invasor. Así también transcurrieron varios días y tuvo Ulrica la honda intuición, casi mística, de que un milagro se haría sobre su trigal pues penetrando en él los bichos, el sembrado aumentaba en lozanía y las espigas comenzaban a destacarse más pálidas entre el inmenso verdor. Los rezos convertíanse ya en acción de gracia cuando una noche extraordinaria para su vida humilde, soñó que los ángeles volaban sobre su campo. Despertó llena de ansiedad pues creyó ver en el sueño el anuncio del milagro que presentía. Se vistió apresurada pues el sol de la mañana ya calentaba la tierra y cuando fue hacia el trigal, cayó de rodillas ante el cielo: sobre su campo revoloteaban millares de mariposas, blancas, amarillas, irisadas, e iban de uno a otro lado salpicando de color y de alegría la brillante luz del sol... y su trigal, limpio como siempre, plétórico de sustancias y fecundo en sus espigas, se mecía al suave viento. Las mariposas salían de él y remontaban vuelo rumbo a los alfalfares de celestes flores, exactamente como en su sueño San Isidro le envió ángeles que desde el verdor del campo, iban en alegre camaradería a llevar al cielo la nueva de las plantas de Ulrica limpias de todo mal...

Y en acción de gracia y para que no volviese jamás a faltar su protección en la colonia, la devota Ulrica hizo construir el monolito elevando sobre él una cruz. Es una pirámide truncada y en una de sus caras puede leerse una leyenda grabada en setiembre de 1884, que con parquedad razonable consigna el milagro de los insectos destruidos y de las mariposas del cielo...

EL TRONCO VIEJO

I

El colono no tuvo más alternativa que sacrificar el árbol o no edificar allí su nueva habitación, y resignado, caminó lentamente en busca del hacha...

Era una magnolia espléndida que el padre, inmigrante suizo, plantó cuando aún su campo sin delinear con alambrados, era una vasta llanura desarbolada. Alarde sin precedente en la región, hizo que la magnolia con el transcurrir de los años, adquiriera cierta fama: «La magnolia de D'Organvide».

Desde muy lejos, su copa se divisaba oscura, firme, silenciosa, como si meditara bajo el cielo, y por más que luego rodeara el campo una hilera de paraísos vigorosos, el árbol, extraño, con grandes flores aromáticas en primavera, mantenía su singularidad.

No pasaban junto a él los colonos sin mirarlo como si su vigor y su exotismo simbolizaran aquellos duros días en que desconociendo la tierra e ignorados ellos mismos, era planta rara en suelo virgen, de criollos e indígenas. La magnolia fue un alarde de originalidad así como ellos mismos eran originales.

—Soy como la magnolia de D'Organvide —decía alguno—, una cosa rara que quiere meterse en esta tierra. —Y dirigiéndose a quien lo escuchaba—: Tú también quieres una cosa: la tierra nueva, para ti, y echar raíces.

La magnolia parecía querer algo más que ellos no decían: el espacio. Sus ramas iban ampliándose y de puro largas caían y retorciéndose para ascender y multiplicábanse en vástagos vigorosos para ocupar un retazo mayor del cielo. No la preferían los pájaros y eran por esto más adustas aparentemente sus ramas, con largos trechos sin hojas y áspera corteza, limpia por arriba y terrosa por debajo, donde la lluvia no las golpeaba. Su tronco no fue nunca supletorio de palenques; para eso estaban los paraísos acriollados, humildes. Y así como el caballo no estuvo en el corazón del gringo, no estuvo tampoco para la magnolia bajo su sombra.

Los años no disminuían su novedad en la pampa. Dueña del suelo donde sus raíces se hundieran hacia lo profundo, vivía de jugos indígenas y afirmaba

su prosapia de foránea. Sus flores se abrían con esplendor de acontecimiento; gruesos los pétalos, intenso el perfume. La corola voluminosa y su color marfileño justificaban la comparación que con ellas hizo un criollo: «Yo no sé qué ñandú entregado a los gringos le ha puesto huevos al árbol ese».

Todo contribuía para hacerlo famoso ya que no faltó quien hiciese correr el dicho. D'Organvide el viejo, nunca lo aprobó porque él miraba su magnolia a lo europeo, como todo lo que a su alrededor iba creando, sin reparar que cercábalo o ascendía de la propia tierra, colorido indígena más poderoso que sus pensamientos, con empuje persistente, creador, vigorizado durante siglos. El era un hombre que no obstante arar campo suyo, estaba desorbitado, como esa copa verdiparda abarcando cielo en la llanura inmensa.

El colono, hijo de D'Organvide, volvía con el hacha y mirábala pasándole el pulgar derecho sobre el filo. La magnolia estaba como sumergida en poderosa somnolencia. Ni una brisa agitaba sus hojas; ni un pájaro metíale cantos por dentro del follaje. La mañana serena de otoño envolvía en luz pálida y creaba en torno una sensación de cosas concluidas. A los costados de la magnolia la aradura del campo estaba húmeda por la neblina recién disipada en el aire. Campo trabajado ya por la primera generación de D'Organvide en Argentina y hollado por caballos que jineteaban los nietos boyereando o yendo a la escuela rural. Era tierra indígena. Por más que el inmigrante empeñara sobre ella su esfuerzo y sus esperanzas, no hizo más que cambiarle la superficie verde de pastos salvajes por otra de triguales. El colono del hacha la conoció así: rindiendo cosechas, y no conservaba del pasado paterno, más que el recuerdo de narraciones familiares sobre los días azarosos de la llegada al país y a la región donde cavaran pozo, levantaran rancho y plantaran también el árbol que caería bajo sus golpes, y que ahora, como el viejo D'Organvide, era de corteza áspera, rugosa, antigua, viviendo allí donde ya nadie se asombraba de su presencia lo mismo que a nadie chocaba la vida del hombre europeo en su ocaso. Rozaduras y mezclas de costumbres aminoraron la singularidad del campesino suizo y centenares de otros árboles, eucaliptos, moreras, acacias, nogales, hicieron menos extraña en la zona la existencia de la magnolia. Pero ambos, no obstante, tenían poder de evocación que hacía remontar la memoria hacia tiempos de lucha, de trabajo, hacia tiempos de gringos bisoños.

El colono eligió un sitio adecuado para golpear con su hacha, se salivó las manos y la empuñó con lentitud. Un instante después repercutían sordamente los hachazos, firmes, y saltaban trozos de leña salpicando el suelo. La mañana se llenó de ruidos cortos, iguales, que llevaban a larga distancia implacable sonoridad. Casi a ras del suelo, se ampliaba la herida del árbol como si se encogiese en sus bordes la cáscara; y las hojas, a cada golpe, estremecíanse con su último temblor de tal modo que parecía estremecerse la mañana entera. El símbolo de una época estaba allí sufriendo el avance de otra definitiva. Porque si

desde la copa de la magnolia, cincuenta años atrás, se hubiese mirado el contorno, aquí y allá, no se hubieran visto más que campos de irregular sembradura en la extensión pareja, y algunos ranchos miserables donde los gringos habitaban, alertas al merodeo de los indios. Ahora, el árbol estaba rodeado por campo en paz productiva al que llegaban carruajes para ser cargados o simplemente trayendo personas de labor o de paseo. Casas de ladrillos levantándose en los alrededores y la gente, nacida bajo sol argentino, era casi por completo de esta tierra, como el maíz o el zapallo...

A cada golpe de hacha, por lo avanzado de su labor, el hombre retrocedía para calcular el posible derrumbe, y cuando la abertura en el tronco semejaba el vaciado de enorme cuña, dejó su herramienta, tomó una sogá y la arrojó sobre una rama de altura conveniente. Después de ajustarle un nudo corredizo y comprobar su resistencia, tomándola por la mitad de su longitud fue caminando haciéndola resbalar sobre la palma cerrada.

La luz solar atravesaba espacios entre las nubes abriéndolas y en los alrededores, a lo lejos, resaltaba el verdor de paraisales. Algunos caballos libres iban al tranco con la cabeza baja. El hombre observaba la magnolia pensando: «El viejo no quiso venir; se enfermó para no ver esto».

Estiró la sogá, se afirmó sobre la tierra y comenzó a cinchar con todo el vigor de sus músculos. El árbol se inclinó hacia él lentamente y luego el estrépito del derrumbe —rotura de tronco, roces, confusión de gajos— fue violento, corto, rotundo...

La copa abatida despedazó gajos contra el suelo y grandes hojas se desparmaron. En eso, venía el viejo D'Organvide y cuando llegó donde su hijo desataba la sogá metida entre el ramaje, dijo calmoso quitándose la pipa de la boca:

—Era necesario esto, tu casa será más grande.

Volvió a chupar la pipa y poniendo las manos en los bolsillos quedó allí parado entrecerrando los ojos como si le molestara el viento, mientras el hijo desgajaba diestramente el tronco. Iban quedando a su costado las ramas mayores y poco a poco, a ambos lados se formó una pila desordenada, quedando en medio el tronco recto cerca de su base y algo retorcido en su extremo superior, en el sitio donde ahora el hacha concluía por quitarle la última rama mientras la sonoridad de sus golpes se acompañaba con una honda exhalación del campesino sofocado.

El viejo retornó por donde viniera. Caminaba evitando terrones de los surcos de modo que a veces daba verdaderas zancadas. Dejó a su espalda la magnolia despedazada cuando el sol, alto, iluminaba esplendorosamente la amplitud de la zona, donde los nativos destruían y creaban vigilando el porvenir con una fe distinta a la de aquellos que llegaron de Europa y araron la tierra refugiados en su nostalgia.

II

A los pocos meses el tronco, abandonado, prestó utilidad. Cerca de un molino de viento el campesino extendió alambres de púas y dejó espacio para una tranquera. El soportal más fuerte debía tener resistencia para aguantar la humedad del suelo. Y el resto más noble de la magnolia, el que sostuviera antes el esplendor de la copa verdiparda elevándola hacia todos los vientos; el que comenzó a engrosar cuando aún el viejo D'Organvide era un hombre de costumbres sin contacto con las criollas, y que cayó en el ocaso de una época, fue enterrado de punta cerca del molino. Se levantaba a dos metros de altura y en torno, la feracidad de la tierra le fue creando alfombra de gramillas. Eso quedaba de la magnolia plantada por un gringo. El sol y las lluvias oscurecieron más su cuerpo leñoso y en los agujeros donde se ajustaran alambres y bulones, se refugiaban arañas. Tenía no obstante, imponencia mayor que los palos comunes, así como antes, cuando era magnolia total, sobresalía por su extraño arraigamiento allí donde llegara con sugestiva originalidad. Resistente, metido en la tierra y conservándose como apartado de su destino: así fue sufriendo su segunda y definitiva vejez, con oficio en tranquera criolla. Pasaban junto a él los nietos de D'Organvide tarareando canciones rumbo a la escuela en días de festejos patrios, o se posaban las calandrias para derrochar ensimismadas el delicioso tesoro de sus melodías. Y aún más: por designio cuyo misterio es inútil querer descifrar, a su pie un tímido brote de planta indígena comenzó a estirarse buscando luz, era una planta de mburucuyá, que alargose día a día. Fue acercándose al tronco y creciendo casi paralela a él, pero luego, dobló su punta hasta tocarlo y prolongose llena de vida en crecimiento envolvente. Múltiples se iban haciendo sus ramas y profusas sus hojas, de modo que a medio poste abrazaron. Ya adheridas a él lo invadieron cubriéndolo casi en toda su longitud y rebasándolo hacia un costado se extendieron sobre el alambre. Apenas el extremo del tronco estaba libre: dos cuartas de corteza oscura asomaban de entre el verdor del mburucuyá. Pequeño espacio resistiendo la frescura de setiembre, sobresalía inalcanzado por la planta de suave evocación indígena. Solo en ese trecho podría reconocerse por lo antiguo, un saldo de cosas entrañables para D'Organvide. Y allí se mantenía agredido el tronco aún por el viento y de tarde en tarde, sonoro de calandrias. ¡Dos cuartas del resto de la magnolia podían verse amenazadas por el crecimiento del mburucuyá!

Una aurora de primavera alumbró los campos de D'Organvide sumidos en silencio expectante. Una vaga impresión de solemnidad lo dominaba todo, como si la muerte, que en esa noche llegó hasta su cama, quisiese que descansaran también las hierbas. Murió D'Organvide de la única muerte que es agradable esperar: murió de viejo. Y como van borrándose de las fotografías antiguas las imágenes venerables, su rostro parecía desvanecerse atravesado de luz. Los hi-

jos a su alrededor recordaban sus días finales y también aquellos en que, de puro suizo, fusil al hombro, aró el desierto. Para llevarlo a la tierra de los cipreses, quisieron un coche sencillo y atravesaron con él el campo donde las huellas dividían trigales y cebada a cuyo costado se detuvo en el aire la margarita del molino, broche en el cielo.

La tranquera estaba de par en par abierta; pasaron los carruajes sin detenerse y nadie pudo ver que el mburucuyá había completamente cubierto el poste con una corona de rama florecida...

Índice

El camino de las nutrias	6
Calixto Brillard, se acabó tu chata	21
Jules Gerard	29
Infortunio en la tierra virgen	36
Los mojones	44
Cuestión de mañas	49
El milagro de San Isidro Labrador	52
El tronco viejo	57

Gori, Gastón

El camino de las nutrias. 1a ed. Santa Fe : Espacio Santafesino Ediciones, 2015.

E-Book. - (Relatos clásicos santafesinos)

ISBN 978-987-45658-9-1

1. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

Fecha de catalogación: 13/07/2015

Edición general del Proyecto Territorio y de esta biblioteca digital:
Secretaría de Producciones, Industrias y Espacios Culturales,
Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe.

© Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe, 2016.

Selección de autores: Jorge Isaías

Coordinación y textos: Agustín Alzari

Investigación bibliográfica: Ernesto Inouye

Diseño: Verónica Franco y Martín Bochicchio

Corrección: María Laura Tubino, Diego Giordano y Carina Zanelli

Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe
San Martín 1642. Santa Fe (S3000FRJ)

ISBN: 978-987-45658-9-1

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina

Proyecto Territorio / Biblioteca Digital

La colección *Ciudades, campos, pueblos, islas. Relatos Clásicos Santafesinos* está compuesta por una antología homónima en papel y una biblioteca digital con once libros fundamentales, que incluye, además de *El camino de las nutrias*, de Gastón Gori, los siguientes títulos: *Cuentos del comité*, de Alcides Greca; *Santa Fe, mi país*, de Mateo Booz; *Abalorios*, de Eduardo Carranza; *Aquerenciada soledad*, de Luis Gudiño Kramer; *Las 9 muertes del Padre Metri*, de Leonardo Castellani; *La barranca y el río*, de Abel Rodríguez; *Don Frutos Gómez, el comisario*, de Velmiro Ayala Gauna; *El taco de ébano*, de Jorge Riestra; *Los días siguientes y otros relatos*, del Lermo Balbi y *Las aguas turbias*, de Diego Oxley.

Un minucioso trabajo de cotejo con las primeras ediciones permite reencontrarse con los textos de estos autores clásicos tal como salieron a la luz originalmente. La colección traza, de esta manera, un inédito panorama de más de cuarenta años de narrativa santafesina con el foco puesto en las historias y los paisajes propios.